LA CONQUISTA DEL ESPACIO
BRUGUERA
BOLSILIBROS
FUTURO

DUNAS VIVIENTES



Joseph Berna





ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS COLECCIONES DE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Servicio Secreto

Punto Rojo

Bisonte Serie Roja

Bisonte Serie Azul

Búfalo Serie Azul

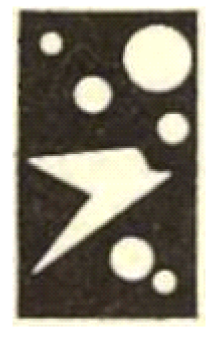
Héroes del Espacio

JOSEPH BERNA

DUNAS VIVIENTES

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 735
Publicación semanal



EDITORIAI. BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

1.a edición en España: febrero, 1985

1.a edición en América: agosto, 1985

Concedidos derechos exclusivos a favor de Editorial Bruguera, S. A. Camps y Fabrés, 5. 08006 Barcelona (España)

Impreso en España Printed in Spain

ISBN 84- 02- 02525- 0 / Depósito legal: B. 1.681- 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Carretera Nacional 152, km 21,650. Parets del Valles (Barcelona) 1985

A la memoria de Enrique Real, padre, excelente persona y gran amigo, recientemente fallecido.

JOSEPH BERNA

CAPITULO PRIMERO

Corría el año 2140.

El profesor Yuri Andrianov, eminente científico y a la vez apasionado aventurero, había organizado una expedición a Androx, un planeta que observado a distancia parecía tranquilo y pacífico, pero evidentemente no era ni lo uno ni lo otro, ya que las naves que se habían posado en él, con intención de explorarlo, habían desaparecido sin dejar el menor rastro.

No habían sido muchas, desde luego, pues al desaparecer tan misteriosamente las primeras, las otras naves que se habían aproximado a Androx no se atrevieron a posarse en el planeta, limitándose a observarlo de lejos con sus cámaras telescópicas.

Y así no se detectaba nada.

La superficie de Androx, compuesta mayoritariamente por gigantescas dunas, aparecía serena y apacible. Y hermosa, pues la arena que formaba las enormes dunas tenía un tono rojizo y brillante que invitaba a tocarla, a tumbarse en ella, e incluso a retozar alegremente.

Pero claro, para poder hacer eso, había que posar la nave entre las dunas y salir de ella, y nadie se atrevía ya, pese a no detectar peligro alguno con la cámara telescópica.

No se veía ningún ser viviente moviéndose por entre las dunas, como tampoco se apreciaban huellas en la rojiza y brillante arena de que alguien la hubiera pisado.

Aparentemente, Androx era un mar de tranquilidad, un planeta sereno y solitario, deshabitado, en el que ni siquiera parecía existir vida animal.

Pero la gente no se fiaba.

La desaparición de varias naves venía a demostrar que Androx era un planeta peligroso, lleno de misterio, en el que parecía muy fácil posarse, pero muy difícil despegar y abandonarlo.

De hecho, nadie lo había logrado hasta el momento.

Ningún expedicionario podía contar que había pisado las colosales dunas de Androx, que había palpado la exótica belleza de su sereno

paisaje.

Los que lo habían hecho, no pudieron salir del planeta, habían desaparecido en él, como tragados por la rojiza y brillante arena, lo mismo que sus naves.

Por todo ello, una leyenda de peligros y de misterio envolvía actualmente a Androx, al que muchos tachaban ya de planeta maldito, y cada vez eran menos los que se aproximaban con sus naves a Androx, temerosos incluso de observarlo a distancia con las cámaras telescópicas.

Y eso precisamente, la aureola de temor y de misterio que rodeaba a Androx, era lo que había impulsado al profesor Andrianov a organizar la expedición.

No le asustaban los peligros que pudieran existir en el misterioso planeta, pues había corrido muchos en sus cuarenta y ocho años de vida y estaba acostumbrado.

Había realizado muchos viajes por el Cosmos, había estado en numerosos planetas, había vivido emocionantes aventuras y se había visto en situaciones tremendamente comprometidas, logrando salir airoso de todas ellas, afortunadamente.

Yuri Andrianov había afrontado esta nueva aventura con la máxima ilusión. Estaba dispuesto a acabar con la leyenda de misterio que envolvía a Androx, averiguando qué les había ocurrido a los miembros de las expediciones anteriores y por qué no habían podido salir del planeta, cuáles eran los peligros existentes en Androx y cómo podían superarse, para hacerlo saber a los futuros expedicionarios.

Sí, porque el profesor Andrianov no pensaba quedarse en Androx.

Quería volver.

Y estaba seguro de poder hacerlo, pues confiaba plenamente en la experiencia y en la bravura de las seis personas que le acompañaban en aquel viaje.

Eran tres hombres y tres mujeres.

Los seis habían estado ya a sus órdenes en más de una ocasión, pero quien más viajes había realizado era Stig Warren, el piloto de la «Zetrom- V», que así se llamaba la nave en que se dirigían a Androx.

Stig Warren tenía treinta y dos años de edad, pero llevaba más de diez surcando el espacio sideral, al principio como copiloto y después

como piloto. Se conocía todas las rutas establecidas y los peligros o dificultades que podían encontrar en cada una de ellas, lo que le permitía esquivarlos a tiempo.

Contar con un piloto tan experto y tan hábil como Stig Warren, era toda una garantía. El profesor Andrianov lo sabía y cada vez que organizaba una expedición requería sus servicios, encontrando toda clase de facilidades por parte de Stig.

Y era lógico que así fuera, porque Stig Warren mantenía relaciones íntimas con Lilia Ignatova, la sobrina y ayudante del profesor Andrianov, lo que la obligaba a acompañarle en todos sus viajes.

Lilia contaba con veinticinco años de edad, tenía el cabello rubio y los ojos claros. Era muy atractiva y poseía un físico espléndido. Estaba enamorada de Stig, pero a veces discutía con él, porque era bastante celosa y se enfurecía cuando sorprendía a Stig tomándose alguna libertad con otra mujer.

Stig sabía capear el temporal y, como también amaba a Lilia, acababa apaciguándola y demostrándole que ella era la única mujer que realmente le importaba.

Masick Nowak, el copiloto, tenía treinta años. Era un tipo alto y corpulento, de facciones rudas, aunque no desagradables. Cuando Stig se lo pedía, pilotaba la «Zetrom-V» tan bien como él mismo, porque también poseía una gran experiencia.

Fabio Silveri, el tercero de los hombres de la expedición que estaban a las órdenes del profesor Andrianov, había cumplido recientemente los treinta y un años de edad. No era tan alto ni tan musculoso como Masick Nowak, pero era también un tipo sano y fuerte. Tenía la cara simpática y era un excelente mecánico.

Anelia Eckert y Tanja Schmid eran las otras dos mujeres que, junto con Lilia Ignatova, formaban el trío femenino de la expedición. La primera contaba veintiséis años, tenía el pelo negro, y era una experta en electrónica. La segunda tenía dos años menos, era pelirroja, y casi podía decirse que era una doctora sin título, pues tenía prácticamente acabados sus estudios de Medicina.

Tanja, que tenía unos preciosos ojos verdes, la mar de picaros, obtendría muy pronto su título de médico. Entretanto, si alguno de los componentes de la expedición se ponía enfermo o resultaba herido, ella le atendería como si fuera ya la doctora Schmid.

En resumen, una tripulación corta, pero completa, ya que el profesor Andrianov tenía todo cuanto podía necesitar. La «Zetrom-V», por otra parte, no podía albergar una tripulación más numerosa, ya que se trataba de una nave relativamente pequeña, ideal, sin embargo, para la clase de expediciones que organizaba el científico aventurero.

Yuri Andrianov estaba con su sobrina, pero se levantó y dijo:

—Voy a la cabina de mandos, Lilia.

—Bien.

—¿Quieres algo para Stig…?

—Me gustaría darle un beso, pero no puedo pedirte que se lo des tú de mi parte. Sé que a Stig no le gustaría —bromeó la joven.

—¡Toma, ni a mí tampoco! —exclamó el científico, riendo.

Lilia Ignatova rió también y dijo:

—Ya se lo daré yo, cuando lo vea.

—Mejor será, sí —respondió Andrianov, y salió del camarote.

Era un hombre de estatura corriente, delgado, aunque poseía una gran vitalidad. Tenía el cabello gris, abundante y bastante desordenado, como la mayoría de los sabios. Vestía un mono de vuelo, plateado, cómodo y ligero, pero resistente. También las botas eran cómodas y ligeras, tan flexibles que parecía que iba descalzo.

Era la indumentaria común entre los expedicionarios, pero sólo mientras duraba el viaje. Cuando llegaban al punto de destino, se cambiaban antes de descender de la nave, sustituyendo la indumentaria de vuelo por otra mucho más apropiada para moverse por el exterior.

Yuri Andrianov se dirigió a la cabina de mandos, en la que se encontraban Stig Warren y Masick Nowak, conversando, cada cual sentado en su sillón.

El tema, como no, era Androx.

El científico los oyó y preguntó:

—¿Qué decís de Androx, muchachos…?

Warren y Nowak se volvieron, descubriendo a Andrianov, que estaba entrando ya en la cabina de mandos.

—Hola, profesor —saludó el piloto.

—Nos ha pillado hablando del planeta maldito —dijo el copiloto, con una sonrisa.

—Yo no creo en planetas malditos, Masick.

—Tampoco yo, profesor —respondió Nowak.

—¿Cuánto falta para llegar, Stig? —preguntó el científico.

—Muy poco ya, profesor. Es sólo cuestión de horas —aseguró Warren.

—Entonces, esta tarde pisaremos las hermosas dunas de Androx...

—Así es.

—Lo estoy deseando, muchachos.

—Yo también, profesor —confesó Warren—. No me gustan las leyendas ni los misterios. Y la única manera de saber lo que pasa en Androx, es posarse en él y explorar el planeta.

—Estoy de acuerdo contigo, Stig. Por eso organicé esta expedición, aún sabiendo el riesgo que entraña.

—Androx no podrá con nosotros, profesor —aseguró Nowak—. Somos demasiado buenos.

Andrianov rió.

—Tu optimismo resulta contagioso, Masick.

—Es verdad —dijo Warren, riendo también.

—¿Por qué no le cedes el gobierno de la nave a Masick, Stig? —sugirió el científico—. Lilia quiere verte —añadió guiñándole significativamente el ojo.

El piloto entendió e indicó:

—Hazte cargo, Masick.

Warren se levantó y abandonó la cabina de mandos, en donde quedó el profesor Andrianov, haciendo compañía a Masick.

CAPITULO II

La «Zetrom-V» disponía de cuatro camarotes, solamente. El primero lo compartían Masick Nowak y Fabio Sivieri; el segundo, Anelia Eckert y Tanja Schmid; el tercero, el profesor Andrianov y su sobrina; y en el cuarto, dormía Stig Warren.

El piloto fue directamente hacia los camarotes, sabiendo que hallaría a Lilia Ignatova en el tercero. En el corredor, sin embargo, se tropezó con la pelirroja Tanja, la futura doctora, que le miró con sus verdes y picaros ojos.

—Hola, Stig.

—¿Que tal, Tanja?

—¿Adonde vas con tanta prisa...?

—En busca de Lilia. Me espera en su camarote.

La pelirroja alzó las manos y las posó suavemente en los hombros del piloto, robustos y separados.

—Qué suerte tienen algunas... —dijo, pegando su cuerpo al de él.

Warren notó la presión de los erectos senos de Tanja en sus costillas, y hasta percibió su calor. Casi de una manera inconsciente, rodeó la cintura femenina con sus brazos y apretó a la futura doctora contra sí.

—Tú no tienes motivos para sentirte desgraciada. Tanja —repuso.

—¿Tú crees?

—Eres una chica preciosa. Y tienes un cuerpo sensacional.

—Pero a ti te gusta más Lilia.

—Bueno, es mi novia, y es lógico que...

—La envidio.

—No hay motivo para ello.

—Sí que lo hay, porque me gustaría estar en su lugar.

—¿Ser mi novia...?

—Exacto.

—Me siento muy halagado, pero, puesto que ya estoy comprometido, te sugiero que se lo propongas a Masick. Le encantará

la idea, seguro.

—No me gusta Masick.

—¿Por qué?

—Demasiado musculoso.

—Entonces, propónselo a Fabio.

—Tampoco me gusta.

—¿Por qué?

—Demasiado canijo.

Warren se echó a reír.

—Me estás tomando el pelo, Tanja. Ni Fabio está canijo, ni Masick es excesivamente musculoso. Te gustan los dos. Si no fuera así, no hubieras hecho el amor con ellos. Y lo has hecho más de una vez, no lo niegues.

—Una tiene que conformarse con lo que hay disponible...

—Ya.

—Contigo sí que haría yo el amor a gusto, Stig. Warren carraspeó.

—Tampoco creo que a mí me disgustara, pero...

—¿Por qué no lo hacemos, Stig?

—Lilia me sacaría los ojos.

—No se enterará.

—Eso es lo que tú piensas, pero...

Tanja lo besó, recreándose en la acción.

Stig no sólo no fue capaz de rechazarla, sino que colaboró en el beso y la estrechó aún con más fuerza.

Cuando separaron sus bocas, la pelirroja lo miró a los ojos y dijo:

—Tú también me deseas, Stig. Me lo acabas de demostrar.

—Yo deseo a todas las mujeres jóvenes y hermosas, pero eso no quiere decir que haga el amor con todas ellas. Amo a Lilia, Tanja, y sólo con ella debo...

—Eso es una estupidez. Ya le serás fiel cuando te cases con ella. De momento sólo eres su novio.

—Dejaría de serlo si se enterara de que tú y yo...

—Te repito que no se enterará. Anda, vamos a mi camarote.

—No, ahora no.

—¿Por qué?

—Lilia me está esperando, ya te lo he dicho.

—¿Cuándo, entonces?

—No lo sé.

Tanja compuso un gesto de contrariedad.

—Es una pena que no podamos ir ahora a mi camarote, porque Amelia está con Fabio, en el de él.

—Vaya, eso está bien —sonrió Warren—. Hay que aprovechar el tiempo.

—Yo lo estoy perdiendo —rezongó la pelirroja.

Warren le pellizcó la barbilla.

—No desesperes, Tanja —dijo, y se separó de ella.

—Tienes que ser mío, Stig.

—Si te empeñas, seguro que acabo cayendo en tus brazos.

—Caerás, no lo dudes —sonrió Tanja—. Y no te arrepentirás, te lo garantizo.

Warren se alejó, riendo.

Poco después, llamaba al camarote que Lilia Ignatova compartía con su tío. La joven abrió en seguida y sonrió al ver que era él.

—Stig...

—Tu tío me dijo que querías verme.

—¿Eso te dijo...?

—¿Por qué te sorprendes? ¿Es que no es verdad...?

—Bueno, es verdad que deseaba verte, pero no le dije nada a tío Yuri. Cuando me comunicó que iba a la cabina de mandos y me preguntó si quería algo para ti, le respondí que me gustaría darte un beso, pero que no podía pedirle a él que te lo diera de mi parte, porque a ti no te gustaría.

—¡Seguro que no!

—Eso dijo tío Yuri, que a él tampoco le gustaría dártelo, así que decidió enviarte para que pudiera darte el beso personalmente.

—Pues aquí me tienes, nena.

—Pasa.

Warren entró en el camarote.

Lilia cerró la puerta y se volvió hacia él.

Stig la enlazó por el talle y la atrajo hacia sí.

—Tenemos que aprovechar el tiempo, cariño.

—Sí —respondió ella, entreabriendo sus carnosos labios, húmedos, excitantes.

Stig la besó con ganas.

Lilia, en principio, le devolvió el beso con idéntica pasión.

De pronto, sin embargo, le puso las manos en el pecho y lo empujó, obligándole a separar su boca de la de ella.

—¿Qué ocurre…? —preguntó Warren, sorprendido.

Lilia, que había fruncido el ceño, pareció olisquear su cara. Y, de manera especial, su boca.

—¿Qué haces…? —preguntó Stig, cada vez más extrañado.

—Hueles.

—¿Que huelo…?

—Sí.

—¿A qué?

—A mujer.

Stig recordó que había tenido en sus brazos a Tanja, y que se

habían besado, y no pudo reprimir un respingo.

—¿Que huelo a mujer, dices…?

—Sí.

—¡Qué cosas tienes! —rió nerviosamente Warren.

Lilia, sin abandonar su seriedad, interrogó:

—¿A quién has besado? ¿A Anelia o a Tanja?

—¿Qué…?

—No te hagas el tonto, Stig. Has tenido en tus brazos a una de las dos.

Warren tosió.

—Lilia, yo te aseguro que…

—Es inútil que lo niegues, sinvergüenza. Tengo un olfato muy fino que jamás me engaña. ¡El que me engaña eres tú!

—Por favor, no empecemos.

—¡Quiero la verdad, Stig!

—Lilia, cariño…

—¡Ni cariño ni porras! ¡Tú has besado a otra mujer! ¡Y sólo puede ser Anelia o Tanja, porque no hay más a bordo!

—Te explicaré lo que ha pasado, nena.

Stig carraspeó.

—No es lo que tú te imaginas, Lilia.

—¿No…?

—Verás, cuando venía hacia aquí, me tropecé con Tanja y…

—¡Así que ha sido con la pelirroja!, ¿eh?

—Espera, deja que te lo cuente. El corredor es más bien estrecho, tú ya lo sabes, y cuando se cruzan dos personas en él, es inevitable que sus cuerpos tomen contacto.

—Y tu cuerpo tomó contacto con el de Tanja, ¿no?

—Pues, sí.

—Y quedasteis encajados, ¿verdad?

—Bueno, tanto como encajados… —tosió Warren—. El caso es que Tanja quedó pegada a mí unos segundos, y como usa ese perfume tan penetrante, debí quedar impregnado de él. Y eso es lo que tú hueles, Lilia, el perfume de Tanja.

—¡Confiesa que la besaste!

—No, no es cierto —negó Stig—. Aunque, en honor a la verdad, debo decir que hubo un ligero e inevitable roce de su boca con la mía. Por la estrechez del corredor, ya te lo he explicado.

La furia de Lilia, lejos de decrecer, se acentuaba por momentos.

—Conque ligero e inevitable roce bucal, ¿eh?

—Sí, no se puede llamar beso a eso. En todo caso, un besito de nada — carraspeó Warren.

—¡Embustero! ¡Granuja! ¡Cínico!

—He dicho la verdad, Lilia. Para mí, un beso es esto —respondió el piloto, y aplastó su boca contra la de su novia, al tiempo que la estrechaba con pasión.

CAPITULO III

Lilia Ignatova forcejeó furiosamente con su novio, porque no estaba para besos en aquellos momentos, pero él la tenía bien atenazada y no pudo escapar de sus brazos. Ni siquiera pudo separar su boca de la de él, pues parecían haber sido soldadas con un soplete.

Lilia, rabiosa, le atizó un puntapié a la espinilla zurda, pero como las botas que usaban durante el viaje eran tan blandas, se hizo más daño ella en los dedos del pie que le hizo a Stig en la espinilla.

El piloto siguió besándola ardorosamente.

Lilia, colérica, disparó el otro pie contra la espinilla derecha de su novio, encogiendo antes los dedos, para no hacerse daño. Pero se lo hizo de nuevo, a pesar de todo, y su cólera aumentó.

Lo que más rabia le daba, es que Stig no acusara en absoluto los puntapiés que ella le propinaba y siguiera besándola como si nada.

Lilia estuvo a punto de elevar la rodilla e incrustársela entre los muslos, segura de que esa clase de golpe sí lo acusaría, pero cambió de idea.

No le convenía castigar a su novio «ahí», porque luego harían las paces, como siempre, y no podrían celebrarlo haciendo el amor. Stig no estaría en condiciones.

Pero, como Lilia no estaba dispuesta a resignarse, intentó morderle los labios a su novio, Estuvo a punto de conseguirlo, pero Stig adivinó a tiempo sus intenciones y retiró la boca.

—Lilia, amor mío, no te comas mis labios, que los necesito para besarte.

Ella lo electrocutó con los ojos.

—¡Para besarme a mí y para besar a todas las mujeres que se te ponen delante! —replicó.

—No es verdad. Besar, lo que se dice besar, sólo te beso a ti, porque eres la única que me interesa.

—¡Mentira cochina!

—Estoy loco por ti, Lilia, y tú lo sabes.

—Te lo demostraré una vez más —decidió Stig, y la empujó hacia la litera.

Lilia ofreció resistencia.

—¡Suéltame, maldito!

Stig no hizo caso, claro, y siguió empujándola hasta hacerla caer en la litera. Entonces, le sujetó los brazos contra ella y le acercó de nuevo los labios, como si fuera a besarla.

Lilia le enseñó los dientes.

—¡Te voy a dejar sin labios!

—Sigues en plan caníbal, ¿eh?

—¡Bésame y lo comprobarás!

—Te besaré, pero no en los labios.

—¿Eh...?

Stig, con los dientes, bajó el cierre del mono de vuelo de su novia hasta casi la cintura. Lilia, adivinando las intenciones de Stig, se agitó con furia.

—¡Eso no, bandido!

Al agitarse, como el mono de vuelo estaba abierto, sus preciosos senos asomaron. Stig se los besó suavemente, con sabiduría, causándole un gran placer, aunque ella se esforzó por disimularlo.

—¡Eres un cerdo, Stig! ¡Un marrano! ¡Un cochino! Warren levantó un instante la cabeza.

—¿Me morderás si te beso en los labios?

—¡Sí! —rugió su novia.

—Entonces, sigo con esto.

Lilia se estremeció cuando los labios de Stig se posaron de nuevo en sus pechos.

—¡Cobarde! ¡Miserable! ¡Traidor!

Stig hizo oídos sordos y continuó con lo suyo, convencido de que su novia no podría resistir mucho más y acabaría fumando la pipa de la paz con él.

Lilia, efectivamente, no tardó en dejar de insultarle.

Suspiraba, jadeaba, gemía...

Por fin, susurró:

—Stig...

El piloto la miró, comprobando que tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta.

—¿Qué?

—Bésame...

—¿En los labios?

—Sí.

—¿No me morderás...?

—No.

—¿Me lo prometes?

—¡Sí, pero bésame, canalla! —apremió Lilia, que ya no podía más.

Stig sonrió y la besó en la boca, seguro de que su novia no le iba a morder. Es más, le soltó los brazos, convencido asimismo de que no le iba a golpear.

Y no se equivocó.

Lo que hizo Lilia, fue pasárselos por el cuello y devolverle el beso con ardor.

* * *

Unos veinte minutos después, Stig Warren decía:

—Tendré que volver a la cabina de mandos.

—¿Tan pronto?

—No quiero abusar, Lilia.

—De mí sí has abusado.

—¿Yo...?

—No quería hacer el amor contigo, pero tú me obligaste.

—Acabas de decir dos mentiras, porque no es cierto que yo te obligara ni que tú no desearas hacer el amor conmigo. Me quieres tanto como yo a ti.

—Es verdad.

—Si no fuera por esos celos tuyos, siempre infundados...

—¡De infundados, nada! —se exaltó Lilia.

—Está bien, cálmate. No quiero que nos pongamos a discutir de nuevo. Lo mejor será que me vista y...

Lilia lo agarró del brazo.

—No vuelvas a besar a Tanja, te lo advierto. Ni tampoco a Anelia. Si descubro que me engañas con alguna de ellas, soy capaz de sacarte los ojos.

—Te creo.

—Hablo en serio, ¿eh?

—Y tan en serio.

—Te voy a vigilar día y noche, Stig. Y como te vea entrar en el camarote de Anelia y Tanja, o una de ellas en el tuyo...

—Perderé mis ojos.

—Exacto.

—Eres una fiera, pero te quiero —sonrió Stig, y la besó, saltando seguidamente de la litera.

Recogió el slip del suelo, se lo puso, y luego se colocó el mono de vuelo. Mientras se ponía las botas, dijo:

—¿Sabes que me duelen las espinillas?

—Y a mí los dedos de los pies —respondió Lilia.

Stig rió.

—Las tengo duras, ¿eh?

—Mucho. Aunque no tanto como la cara.

Stig rió de nuevo.

—Eres un encanto, Lilia. Y ya que hablamos de encantos, cúbrete mejor con la sábana, porque si continúas mostrándome tantas cosas, no creo que pueda regresar a la cabina de mandos.

Lilia emitió una risita y estiró la sábana, diciendo:

—Voy a darme una ducha. Por eso no me visto.

Se dieron un beso de despedida y Stig abandonó el camarote, regresando a la cabina de mandos.

CAPITULO IV

Justo cuando el reloj digital de la cabina de mandos indicaba que eran las cinco de la tarde, la cámara telescópica de la «Zetrom-V» captaba la imagen de un planeta todavía lejano.

Al ver dicha imagen en la pantalla, Masick Nowak respingó ligeramente y exclamó:

—¡Eh, Stig!

—¿Qué pasa?

—¡Observa la pantalla!

Stig Warren lo hizo y descubrió la imagen del planeta, que se iba agrandando paulatinamente a medida que la nave se iba aproximando.

—Ahí lo tenemos, Masick —dijo, con una leve sonrisa.

—¿Es Androx...?

—Sí, el planeta maldito.

—¿Estás seguro?

—Sí, porque ha aparecido en nuestro rumbo y a la hora que yo había calculado, poco más o menos.

—¿Aviso al profesor, entonces...?

—Sí, puedes decirle que Androx está a la vista. Le darás una alegría.

—¡Seguro!

Nowak saltó de su sillón y salió corriendo de la cabina.

Warren siguió observando la pantalla telescópica.

La imagen de Androx continuaba agrandándose por segundos y muy pronto se podría observar el planeta a través del mirador de la cabina, directamente.

Antes de que esto sucediera, Stig empezó a reducir la velocidad de la nave. El proceso de desaceleración era algo lento y convenía ir

frenando la marcha, con la ayuda de los retrocohetes, que de esta manera no era necesario forzarlos al máximo, con lo que se evitaban posibles averías.

Masick Nowak no regresó sólo con el profesor Andrianov, sino con el resto de los miembros de la expedición. Es decir, Lilia, Fabio, Tanja y Anelia.

Todos querían ver el planeta Androx.

Cuando entraron en la cabina de mandos, el misterioso mundo podía observarse perfectamente a través del mirador, porque la «Zetrom-V» estaba ya muy cerca del planeta.

Masick volvió a sentarse en el sillón del copiloto y el profesor Andrianov y los demás se acercaron al mirador de la nave.

Dada la abundancia de gigantescas dunas de arena rojiza, que cubrían casi totalmente la superficie de Androx, el planeta tenía ese color. Un tono rojizo y brillante que lo convertía en un mundo realmente hermoso, al menos visto así, a distancia.

—¿Qué opina, profesor...? —preguntó Warren.

—Es un planeta bello, no cabe duda —respondió Andrianov—. De los más hermosos que conozco.

—Y de los más peligrosos, también.

—Bueno, eso dicen. Pero la gente suele exagerar, sobrina.

—De todos modos, haremos bien en no confiarnos cuando pongamos los pies en él —dijo Fabio Sivieri.

—Por supuesto —asintió Andrianov—. Tomaremos todo tipo de precauciones.

Mientras se hacían éstos y otros comentarios sobre Androx, la «Zetrom-V» alcanzó el planeta y, como su velocidad era ya la ideal para sobrevolar su superficie a prudente altura, Stig Warren realizó la maniobra oportuna y la nave comenzó a sobrevolar las colosales dunas de arena rojiza.

Era lo único que se veía.

Dunas y más dunas.

Las había por todas partes.

La arena lo cubría todo.

Toneladas y toneladas de arena.

El paisaje, desde luego, era de una gran belleza, pero era un paisaje muerto, sin vida de ninguna clase. No se veía un solo animal pisoteando la arena y tampoco un sólo pájaro volando por encima de ella.

La «Zetrom-V» siguió sobrevolando las enormes dunas durante bastantes minutos, pero el paisaje, aunque bello, continuaba quieto, silencioso, muerto...

—Aquí no hay ni una rata —murmuró Masick Nowak.

—Aparentemente, Masick —repuso Warren.

—Stig tiene razón —dijo Yuri Andrianov—. Tiene que haber alguna clase de vida en Androx. De no existir ninguna, no hubieran desaparecido aquí varias naves con sus correspondientes tripulaciones, No habrían tenido dificultades para abandonar el planeta.

—Evidentemente —asintió el piloto.

—Sigamos sobrevolando las dunas. Terminaremos por encontrar algún signo de vida —aseguró el científico.

* * *

Dos horas después, todo seguía igual.

Igual de hermoso, igual de quieto, igual de silencioso, igual de muerto...

En Androx sólo había dunas.

Arena rojiza.

Era inútil seguir buscando algún rastro de vida. Al menos, desde el aire. Así lo comprendió el profesor Andrianov, quien suspiró y dijo:

—Tendremos que posarnos entre las dunas y explorarlas metro a metro. Desde aquí arriba no descubriremos nada.

—Opino como usted, profesor —respondió Warren—. Estamos perdiendo tontamente el tiempo..

—Haz descender la nave, Stig. Pósala entre esas dos dunas más bajas — indicó el científico.

—Bien, profesor.

Warren realizó la maniobra y la «Zetrom-V» descendió, posándose suavemente en la rojiza arena, entre las dos dunas señaladas por el profesor Andrianov, que si bien no eran tan gigantescas como las otras, tenían también su altura.

Los motores de la nave levantaron una nube de arena que envolvió durante algunos segundos a la «Zetrom-V». Warren los paró y la nube de arena se disipó rápidamente.

—Bien, ya estamos posados sobre Androx, profesor —dijo el piloto.

—Y no ha pasado nada —murmuró Nowak.

—¿Qué esperabas que ocurriera, Masick? —preguntó Andrianov.

—Que la arena no resistiera el peso de la nave y nos tragara, por ejemplo.

Tanja Schmid se estremeció.

—¡No seas macabro, Masick! —exclamó.

—Qué ocurrencia —rezongó Lilia.

—Este Masick… —dijo Anelia Eckert.

—¿Qué pretendes, asustar a las mujeres? —habló Fabio.

—Imposible —repuso Warren—. Son más valientes que nosotros…

Las palabras del piloto hicieron reír a todos.

Después, Yuri Andrianov dijo:

—Esto no son arenas movedizas, Masick. No es un terreno pantanoso, sino seco. Estas dunas son como las del desierto del Sahara africano, en la Tierra, por ejemplo. Bueno, mucho más grandes y también más hermosas, pero dunas al fin y al cabo.

Nowak sonrió.

—Lo sé, profesor. Lo de que la arena se tragara la nave, fue sólo una broma. Además, Stig no lo hubiera permitido.

—Por supuesto que no —respondió Warren—. Habría elevado la nave inmediatamente si el suelo no hubiera tenido la suficiente solidez. Pero la tiene, no hay duda.

—Bien, vamos a equiparnos —indicó Andrianov.

—¿Todos, profesor...?

—Sí.

—Disculpe, profesor, pero yo dejaría a alguien en la nave.

—No vamos a alejarnos de ella, Stig. Sólo daremos un paseo corto, sin perder de vista la nave.

—A pesar de ello...

—De acuerdo, dejaremos a alguien en la nave —accedió el científico—. Quédate tú, Fabio.

—Vaya, me quedé sin paseo —rezongó Sivieri.

Andrianov le palmeó la espalda.

—Vendrás en el próximo, te lo prometo.

Warren carraspeó.

—Debería quedarse Masick, profesor.

—¿Yo...? —respingó el copiloto.

—¿Por qué, Stig? — preguntó Andrianov.

—Si hubiera necesidad de poner la nave en funcionamiento y despegar con urgencia, por cualquier motivo, Masick podría hacerlo, porque sabe pilotarla. Fabio, en cambio...

—Tienes razón. Te quedarás tú en la nave, Masick —decidió el científico.

—¡Bravo! —exclamó Fabio, muy contento.

Nowak le enseñó el puño.

—¿A que te sacudo? —masculló.

Sivieri dio un salto hacia atrás.

—¡El cambio lo ha sugerido Stig, no yo! —recordó.

—Sí, ya lo sé —rezongó el copiloto, bajando el puño.

Warren puso su mano sobre el hombre de Nowak.

—Puedes ir en mi lugar, si quieres. Yo me quedaré en la nave.

—Gracias, Stig, pero no puedo aceptar. Tú debes acompañar al profesor y a los demás. Me quedaré yo. Pero no se ría Fabio, ¿eh? —advirtió Masick—. Si me viene con ironías, le atizo.

Se echaron todos a reír, porque estaba claro que el corpulento copiloto no amenazaba en serio.

Después, abandonaron la cabina de mandos para equiparse, quedando únicamente en ella Masick, vigilando los alrededores de la nave, en los que seguía reinando la quietud y el silencio.

CAPITULO V

Quince minutos más tarde, Stig Warren descendía de la «Zetrom-V», seguido del profesor Andrianov, Lilia, Fabio, Anelia y Tanja, armados todos con pistolas de rayos láser.

Stig y Fabio, además de las pistolas, portaban sendos fusiles de rayos infrarrojos, por si las moscas. Aunque ni moscas parecía haber en Androx.

Lo que sí había en Androx, era una atmósfera limpia y sana, con abundante oxígeno, lo que la hacía perfectamente respirable, siendo innecesarias las escafandras y las consiguientes mochilas de aire.

La temperatura, por otra parte, era bastante cálida. Casi calurosa, pues se aproximaba a los treinta grados en aquella cara del planeta, en donde en aquellos momentos era de día. Podía verse, brillando en el cielo, el sol que proporcionaba luz y calor a Androx.

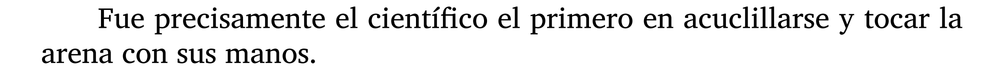
Era una estrella algo menor que la que iluminaba el Sistema Solar, pero en cambio era más joven y, por tanto, más potente. Pero, como se hallaba a mayor distancia de Androx que el sol de la Tierra, sus rayos caloríficos resultaban perfectamente soportables. De haberse hallado una distancia parecida, Androx sería un mundo tórrido, prácticamente calcinado, como Mercurio, por ejemplo.

Afortunadamente, no era así y los expedicionarios terrestres no habían tenido necesidad de colocarse trajes térmicos para proteger sus cuerpos. Llevaban unos trajes normales, muy ajustados, resistentes, y calzaban altas botas, fuertes, pero no incómodas. De sus cintos, aparte de las pistolas de rayos láser, pendían sendos telecomunicadores, de tamaño reducido.

Con ellos, podrían comunicarse entre sí o con la nave, caso de que fuera necesario. Tal y como había dicho el profesor Andrianov, no pensaban alejarse mucho de la nave, pero como no se sabía lo que podía suceder, era mejor ir preparados para todo.

Masick Nowak desde la cabina de mandos, vio como sus compañeros pisaban la rojiza arena con sus botas y sintió una envidia terrible, porque él sentía deseos no sólo de caminar por ella, sino incluso de tocarla con sus manos, de cogerla a puñados y sentirla correr por entre sus dedos.

El profesor Andrianov y los demás sí pudieron hacerlo.



Fue precisamente el científico el primero en acuclillarse y tocar la arena con sus manos.

—Es fina, suave, cálida...

—Y qué limpia está —dijo Lilia, que ya le estaba imitando.

Fabio, Anelia y Tanja se arrodillaron también y tocaron la arena.

—Tiene un tacto maravilloso —dijo el mecánico.

—Excitante, diría yo —añadió la experta en electrónica—. Me están entrando ganas de quitarme el traje y revolcarme por ella.

—¿Desnuda...? — exclamó Andrianov.

—Sí, profesor.

—¿Por qué no lo hacemos, Anelia...? —dijo Tanja—. ¡A mí también me encantaría!

Yuri Andrianov se irguió, riendo.

—Dejaos de desnudeces y de revolcones por la arena, que no hemos salido de la nave para eso. Tenemos trabajo, preciosas. Y el trabajo es antes que los juegos.

—Tiene usted mucha razón, profesor —dijo Stig, sonriendo.

—Vamos, en marcha —indicó el científico, enfilando hacia una de las dunas.

Stig, Lilia, Fabio, Anelia y Tanja le siguieron.

Sus botas, lógicamente, se hundían en la arena al pisarla, dejando unas huellas claras y profundas. Pero no se hundían más de lo normal, por lo que nadie se alarmó.

Miraban todos hacia adelante, observando la duna que el profesor Andrianov había decidido remontar. De pronto, Stig Warren se le ocurrió mirar hacia atrás y descubrió algo que le dejó perplejo.

—¡Profesor! —exclamó.

Andrianov se volvió al instante.

—¿Qué sucede, Stig...?

—¡Nuestras huellas se están borrando!

El científico y los demás se fijaron en las pisadas dejadas por ellos en la arena, llenándose también de perplejidad, pues era cierto que las huellas se estaban borrando.

Y muy rápidamente, además.

Era algo muy raro.

Más que raro, misterioso, pues no soplaba viento alguno que pudiera cubrir de arena las pisadas dejadas por los expedicionarios terrestres.

Por no soplar, no soplaba ni una ligera brisa.

Nada, por tanto, empujaba la arena hacia los huecos causados por las botas al pisarla. La arena se movía sola, como si tuviera vida propia, y en muy poco tiempo desaparecieron todas las huellas.

Entonces, la arena dejó de moverse y hasta la última de sus partículas volvió a quedar quieta, como estaban antes de que los expedicionarios descendieran de la nave y empezaran a caminar por la rojiza y brillante arena.

Masick Nowak, desde la cabina, había presenciado también el extraño fenómeno, y se hallaba tan perplejo como el profesor Andrianov y los demás.

Estuvo tentado de ponerse en contacto con el científico para ver si le daba alguna explicación, pero intuyó que él tampoco la tendría y no quiso molestarle con su llamada.

Stig Warren, cuando vio que no quedaba una sola huella en la arena, movió las piernas y dio un paso atrás, para ver si ocurría igual con estas dos últimas huellas dejadas por sus botas.

Y así fue.

Las pisadas empezaron a cubrirse de arena y, en apenas treinta segundos, desaparecieron por completo.

El profesor Andrianov y los demás hicieron lo mismo que Stig. Movieron sus piernas y cambiaron de posición, dejando nuevas huellas en la arena. Medio minuto después, las pisadas estaban totalmente borradas.

Como si no hubieran existido jamás.

Los expedicionarios se miraron unos a otros, visiblemente

nerviosos.

—¿Cómo se explica esto, profesor...? —dijo Warren.

—Ojalá lo supiera, Stig —respondió Andrianov.

—Es como si una mano invisible empujara la arena y cubriera los huecos de nuestras pisadas... —murmuró Fabio.

Tanja respingó.

—¿Una mano invisible, dices?

—Bueno, varias manos invisibles, puesto que todas las huellas empezaron a cubrirse a la vez.

—¡Por favor, que nadie hable de seres invisibles! —pidió Anelia un tanto pálida.

—Tampoco a mí me gusta el tema —confesó Lilia.

El profesor Andrianov alzó una mano y rogó:

—No perdamos la calma. La reacción de la arena de estas dunas debe tener una explicación lógica y científica, sólo que nosotros la desconocemos por el momento. Pero no debemos ponernos nerviosos por ello. En realidad, lo único que ocurre es que nuestras pisadas se cubren nuevamente de arena y desaparecen. Y esto, evidentemente, no entraña ningún peligro para nosotros. Peor sería que la arena cediera excesivamente bajo nuestros pies y tuviéramos problemas para caminar. Mientras eso no ocurra, no tenemos por qué preocuparnos.

Las palabras de Yuri Andrianov tranquilizaron un poco a los miembros de la expedición, aunque, en el fondo miraban la rojiza arena con cierto temor.

—Venga, continuemos —indicó el científico—. Tenemos que alcanzar la cima de esta duna.

Andrianov se puso en marcha y los demás le siguieron, dejando nuevas huellas tras de sí. Huellas que, al igual que las anteriores, comenzaron a borrarse con rapidez.

Pero, como aparte de este raro fenómeno, no sucedía nada más, los expedicionarios terrestres empezaron a acostumbrarse a él y fueron perdiendo el temor que antes les inspirara la roja y brillante arena.

Habían remontado ya casi la mitad de la duna. La parte más fácil, porque tenía menos pendiente. De allí en adelante, la pendiente era

más pronunciada y les iba a costar un poco más el avanzar, aunque tampoco se trataba de una dificultad insalvable.

—Animo, muchachos. Ya casi estamos arriba —dijo Andrianov.

—Qué optimista es el profesor —rezongó Anelia.

—El ejercicio es sano —sonrió Stig.

—¿Quién llamó a esto «paseo»? —preguntó Fabio.

—El profesor —respondió Tanja.

—Mi tío tiene un gran sentido del humor —dijo Lilia.

Andrianov rió.

—Venga, que ya falta menos.

Sin ningún miedo ya a la rojiza arena, continuaron el ascenso.

Stig volvió un instante, aunque esta vez no fue para comprobar que las huellas que dejaban iban desapareciendo misteriosamente, sino para echar una ojeada a la «Zetrom-V».

La nave seguía tranquilamente posaba entre ambas dunas, sin que la arena que tenía alrededor o debajo supusiera ningún peligro para ella.

Stig se alegró y volvió a mirar hacia lo alto de la duna que estaban escalando. Ya faltaba menos, como decía el animoso profesor Andrianov; unos quince metros, como mucho.

Estaban llegando ya a la cima, cuando, de repente, la arena acumulada en lo alto de la duna se removió impetuosamente, como si bajo ella se ocultara algún poderoso animal que de pronto hubiese decidido aflorar a la superficie.

Stig, intuyendo el peligro, gritó:

—¡Cuidado! ¡Atrás todos!

A nadie, sin embargo, le dio tiempo a retroceder, porque la cima de la duna reventó literalmente en aquel preciso instante y una gigantesca oruga emergió de la arena.

¡Tenía varios metros de longitud!

¡Y un grosor a consonancia!

¡Su cabeza era enorme!

¡Su boca terrorífica!

La monstruosa oruga lanzó un rugido escalofriante y atacó a los expedicionarios terrestres, dispuesta a devorarlos a todos.

CAPITULO VI

Stig Warren reaccionó con celeridad y disparó su fusil de rayos infrarrojos, alcanzando al colosal gusano justo debajo de su cabezota, en lo que podía ser el cuello del animal.

La alucinante oruga, que tenía la piel verdosa y unos ojos verdaderamente aterradores, bramó de forma ensordecedora cuando el rayo calorífico quemó su cuerpo, pero el dolor no frenó su avance.

Afortunadamente, el profesor Andrianov, las chicas, y Fabio Sivieri, habían perdido el equilibrio al verse atacados por la enorme oruga y rodaban ya por la pendiente de la duna, lo que les permitió ponerse fuera del alcance de las poderosas fauces del bicho.

Stig no tuvo más remedio que echarse a rodar también por la arena, porque la oruga se le venía encima y estaba seguro de que no la detendría con un segundo disparo.

Harían falta varios más para acabar con una bestia de tan colosales dimensiones. Y Stig no tenía tiempo de efectuarlos.

Desde la cabina de mandos de la «Zetrom-V», Masick Nowak estaba contemplando la escena con ojos dilatados. Había visto surgir la aterradora oruga, y como el ataque del animal fue tan rápido, no pudo reprimir un grito de angustia, pues pensó que algunos de sus compañeros iban a ser destrozados por el gigantesco gusano.

El copiloto vio cómo el profesor Andrianov y los demás perdían el equilibrio y rodaban por la pendiente, con la única excepción de Stig Warren, que hizo frente bravamente a la monstruosa larva, antes de rodar también por la arena.

Masick no quiso quedarse con los brazos cruzados.

¡Tenía que actuar!

¡Y rápido!

Puso velozmente los motores en funcionamiento e hizo que la nave se elevara.

La «Zetrom-V» llevaba un cañón de rayos láser acoplado a su proa.

Y Masick pensaba utilizarlo contra la descomunal oruga.

Con un solo disparo, si no lo fallaba, sería suficiente para acabar con el gusanote. Y no lo fallaría, porque era un excelente artillero.

Lo que Masick no sabía, y de ahí su angustia, es si llegaría a tiempo de impedir que la oruga se zampase a alguno de sus compañeros, porque el animal descendía de la duna con gran rapidez.

Con rapidez... y con furia, porque el disparo de Stig le había causado un dolor terrible y el bicho tenía ahora más ganas de devorar a los terrestres.

Afortunadamente, Stig quedó detenido un momento en la arena, apuntó rápidamente a la oruga, y efectuó un nuevo disparo, cuando el bicho estaba casi a punto de alcanzar a Anelia.

Esta vez, el rayo infrarrojo alcanzó en la cabeza al gusano, abrasándole uno de sus ojos. El derecho, concretamente.

El animal pareció volverse loco de dolor.

Daba saltos, se retorcía en el aire, rugía con desesperación...

Stig se disponía a dispararle de nuevo, cuando oyó los motores de la «Zetrom-V». Levantó la cabeza, vio que la nave se aproximaba, y adivinó que Masick iba a hacer uso del cañón de rayos láser

—¡Bien por Masick! —exclamó, e hizo rodar nuevamente su cuerpo por la pendiente, para alejarse de la oruga.

El profesor Andrianov y los demás se hallaban también fuera del alcance del bicho, por el momento. Y, con un poco de suerte, Masick no dejaría que la oruga les diese alcance.

Efectivamente, el copiloto apuntó y accionó el cañón de proa.

El rayo láser alcanzó de lleno a la gigantesca larva y la destrozó totalmente, causándole una muerte instantánea.

—¡Toma del bote, gusanote! —exclamó, jubiloso por no haber errado el disparo.

Stig, de nuevo detenido en la arena, levantó su fusil y gritó:

—¡Bravo, Masick! ¡Esta noche cenaremos sopa de oruga!

El copiloto lo oyó, gracias a los micrófonos exteriores de la nave, y rompió a reír.

* * *

Stig Warren se había puesto ya en pie, lo mismo que el profesor Andrianov y los demás, que por fin habían dejado de rodar por la pendiente. Estaban todos prácticamente al pie de la duna, todavía con el susto metido en sus cuerpos, pero satisfechos de ver que la monstruosa oruga era ya cadáver.

Un cadáver destrozado y maloliente que también había rodado por la arena después de ser alcanzado por el certero disparo de Masick Nowak, por lo que se hallaba a sólo unos metros de los expedicionarios terrestres.

Masick, a una indicación de Stig, volvió a posar la «Zetrom-V» entre las dos dunas, paró los motores, y saltó del sillón. Salió corriendo de la cabina de mandos y asomó a la puerta de la nave.

—¿Están todos bien, profesor...?

—Creo que sí, Masick.

—¿Puedo acercarme?

Como estaban sólo a unos veinte metros de la nave, Andrianov no tuvo inconveniente en acceder:

—Sí, puedes venir.

—¡Gracias, profesor! —exclamó el copiloto, y descendió velozmente de la nave.

Pudo pisar la rojiza y brillante arena, pero no se entretuvo tocándola con sus manos. Aparte del misterio de que las huellas quedaran borradas segundos después de producirse, todavía sin desentrañar, ahora ya sabían todos que sí había vida en Androx.

Vida animal, al menos.

Subterránea.

Peligrosa...

Igual que había surgido repentinamente una gigantesca oruga de la cima de la duna escalada por el profesor Andrianov y los demás expedicionarios, podía surgir otra en cualquier lugar.

O varias...

Lógico, pues, que a Masick se le hubieran ido las ganas de tocar la arena con sus manos y de tomarla a puñados. Podía meter la mano sin querer en la boca de una oruga gigante y quedarse manco.

Y si madres no hay más que una, manos no hay más que dos, así que no hay que arriesgarlas totalmente.

El copiloto llegó junto a sus compañeros.

—Vaya susto, ¿eh, muchachos?

—Sí, nos aguardaba un buen regalo en la cima de la duna —respondió Stig.

—Era para el primero que llegara arriba, pero como llegamos los seis a la vez, nos lo tuvimos que repartir —dijo Fabio, con ironía.

—Menos mal que estabas tú en la nave, Masick —habló Lilia—. Si no llega a ser por ti...

—Tu disparo, con el cañón de rayos láser, no pudo ser más certero —dijo Tanja.

—Ni más oportuno —añadió Anelia—. De haberlo efectuado unos segundos más tarde, alguno de nosotros no hubiera podido contarlo.

Masick sonrió.

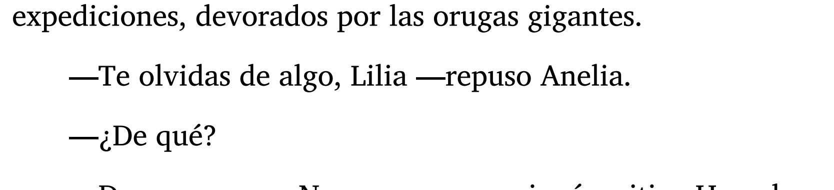
—Actué todo lo rápido que pude. Pero aun así, no hubiera llegado a tiempo de salvaros a todos si Stig no hubiese contenido a la oruga con su segundo disparo.

—Tengo que daros las gracias a los dos —dijo Andrianov—. A los demás no nos dio tiempo a nada. Caímos cuando la oruga nos atacó y rodamos como pelotas por la pendiente.

—Eso fue lo que nos salvó, profesor —repuso Warren—. De no haber quedado fuera del alcance de la bocaza del bicho, alguno hubiera sido devorado por él.

—Me temo que sí —asintió el científico.

—Bien, al menos ya conocemos uno de los peligros de Androx —suspiró Lilia—. No es un planeta muerto. Hay vida en él. La gigantesca oruga es una buena muestra de ello. Seguro que existen muchas más, igualmente monstruosas. No se pueden ver cuando se sobrevuela por la superficie de Androx porque se hallan ocultas bajo arena. Pero cuando salen... Quizá perecieran así los miembros de las anteriores



expediciones, devorados por las orugas gigantes.

—Te olvidas de algo, Lilia —repuso Anelia.

—¿De qué?

—De sus naves. No se ven por ningún sitio. Han desaparecido también, y ellas no pudieron ser devoradas por las orugas.

—Anelia tiene razón —opinó Tanja—. ¿Dónde están las naves de esas primeras expediciones? ¿Qué ha sido de ellas? ¿Se las ha tragado la arena...?

Yuri Andrianov se pasó la mano por su grisáceo cabello.

—Dado el tiempo transcurrido, parece lo más probable. Bueno, no que la arena se haya tragado las naves, sino que las fuera cubriendo poco a poco. En Antrox también debe de haber vientos fuertes, aunque en este momento no sople la más ligera brisa. Y el viento, se sabe, arrastra la arena y la cambia de lugar. Esa pude ser la causa de la desaparición de esas naves, una vez muertos los tripulantes.

—No descarto esa posibilidad, profesor —respondió Stig—. Pero le recuerdo que la arena de estas dunas es muy especial. No necesita que el viento la empuje para moverse y cubrir algo. Se mueve por sí misma, como si tuviera vida propia.

—Es un fenómeno extraño, sí —cabeceó Andrianov—. Ya lo comentamos cuando descubrimos que nuestras huellas quedaban borradas en poco más de medio minuto. Pero, como dije entonces, debe tener una explicación lógica y científica. Y no sería lógico ni científico pensar que las dunas de Androx tienen vida propia...

—¡Sería aterrador! —exclamó Lilia.

—¡Dunas vivientes! ¡Qué horror...! —dijo Anelia.

Stig alzó su mano izquierda.

—Calma, chicas, que yo no he afirmado que las dunas de Androx tengan vida propia. Sólo he dicho que reaccionan como si la tuviesen, puesto que su arena se desplaza por sí misma cuando alguien la pisa y deja sus huellas. Unas huellas que la arena se encarga de borrar rápidamente. Y eso es lo único que hace, borrar las pisadas. No hay motivo, pues, para alarmarse.

Todavía flotaban en el aire las últimas palabras del piloto, cuando, súbitamente, la ladera de la duna estalló por dos puntos

distintos y un par de orugas, tan gigantescas como la que ahora yacía cadáver, emergieron de la arena, soltando unos rugidos atronadores.

CAPITULO VII

Tanja Schmid no pudo reprimir un grito de terror.

—¡Más orugas...!

—¡Y ahora surgen a pares! —chilló Anelia Eckert.

—¡Desenfundad las pistolas, rápido! —ordenó Stig Warren.

—¡Dame tu fusil, Stig! —pidió Masick Nowak, porque había salido de la «Zetrom-V» sin armas.

Warren se lo lanzó y el copiloto lo cazó al vuelo.

El profesor Andrianov, Lilia Ignatova, Anelia y Tanja empuñaban ya sus respectivas pistolas de rayos láser. Fabio Sivieri, por su parte, apuntó a una de las orugas con su fusil de rayos infrarrojos.

Masick apuntó a la otra con el fusil que acababa de prestarle Stig, mientras éste desenfundaba velozmente su pistola.

Las dos monstruosas larvas descendían ya con rapidez por la ladera de la duna, dando rugidos y soltando dentelladas al aire. Al aire... por el momento, pues lo que ellas querían era soltarlas a los cuerpos de los expedicionarios terrestres.

El profesor Andrianov y los suyos comenzaron a disparar contra la pareja de orugas, al tiempo que retrocedían hacia la nave, por si no conseguían detener a los peligrosos bichos.

Esta vez nadie perdió el equilibrio y se cayó, pues allí no había apenas pendiente. Ello, unido al hecho de que los siete miembros de la expedición estaban haciendo funcionar sus armas, hizo posible que las dos gigantescas orugas encontrasen la muerte aun antes de haber llegado abajo.

Los rayos láser e infrarrojos las habían destrozado por completo.

Pero la lucha no había terminado.

En realidad, no había hecho más que comenzar, pues nuevas orugas gigantes surgieron de la rojiza arena, pero esta vez no salieron de la duna que los terrestres escalaran minutos antes, sino de la que se alzaba frente a ella.

¡Y eran cuatro!

¡El número de larvas gigantes se iban multiplicando!

El profesor Andrianov, consciente del peligro que corrían fuera de la «Zetrom-V», ordenó:

—¡Regresemos a la nave, rápido! ¡Sólo en ella estaremos seguros!

—¡Suponiendo que las orugas nos permitan alcanzarla, pues parecen dispuestas a cortarnos el paso! —repuso Fabio.

Era cierto.

Las cuatro enormes larvas descendían ya de la duna a toda prisa, soltando bramidos y pegando dentelladas a la atmósfera. Iban directas hacia la «Zetrom-V», dispuestas a alcanzarla antes que los expedicionarios terrestres, para no dejarles refugiarse en ella.

Se trataba, por tanto, de bichos inteligentes, además de gigantescos y fieros. Sabían cuándo y cómo debían atacar para alcanzar su objetivo, que no era otro que zamparse a los terrestres.

Estos corrían ya hacia la «Zetrom-V», pero como no estaba claro que pudieran alcanzarla antes que los gusanotes, Stig ordenó:

—¡Disparad! ¡Hay que acabar con esas cuatro orugas o se nos echaran encima antes de que podamos protegernos en la nave!

Y predicó con el ejemplo, accionando su pistola de rayos láser y alcanzando a una de las larvas.

La bestia rugió de dolor, pero no frenó su descenso de la duna.

Sin dejar de correr, el profesor Andrianov y los demás dispararon también contra las orugas, destrozando y abrasando sus cuerpos.

Los alaridos de los bichos eran desgarradores.

Parecía que los terrestres iban a alcanzar la nave, cuando, inesperadamente, otros dos orugas surgieron por el lado izquierdo de la misma, emitiendo rugidos.

—¡Nos cierran el paso, profesor! —chilló Tanja.

—¡Disparad...! ¡Disparad...! —gritó Andrianov.

Stig, Masick, Fabio y las chicas enviaron varios rayos contra las dos larvas que les impedían alcanzar la metálica rampa por la que se accedía a la «Zetrom-V»

Los bichos aullaron, brincaron y se contorsionaron de dolor.

Los terrestres alcanzaron la rampa.

—¡Arriba, de prisa! —exclamó Stig, dejando que sus compañeros subieran primero.

Masick y Fabio se quedaron con él al pie de la rampa, protegiendo la entrada en la nave de Lilia, Anelia, Tanja, y el profesor Andrianov.

Dispararon los tres contra las orugas más próximas.

Habían surgido más.

Brotaban de la arena como hongos.

Yuri Andrianov, desde la puerta de la nave, gritó:

—¡Arriba, muchachos! ¡Las chicas y yo os cubriremos desde aquí!

Efectivamente, el científico, Lilia, Tanja y Anelia dispararon contra las larvas gigantes, permitiendo que Stig, Masick y Fabio subieran a la nave.

Una oruga llegó hasta la misma rampa e intentó trepar por ella, pero recibió cuatro disparos y se le fueron las ganas de echar una ojeada al interior de la «Zetrom-V».

—¡La puerta, rápido! —indicó Stig.

Lilia se apresuró a accionar el resorte que cerraba la entrada de la nave y, al propio tiempo, recogía la rampa de descenso.

La puerta se cerró herméticamente y la rampa quedó totalmente replegada, impidiendo el acceso de las monstruosas orugas.

—¡Estamos salvados! —exclamó Anelia, y lanzó un gran respiro de alivio, al igual que todos sus compañeros.

Y no era para menos, pues se habían librado por los pelos de una muerte horrible, como sin duda lo era el ser devorado por aquellas feroces larvas que se ocultaban bajo la arena de las hermosas dunas de Androx.

* * *

El profesor Andrianov y los demás componentes de la expedición se trasladaron a la cabina de mandos, para observar a las orugas gigantes a través del mirador.

Las larvas vivas se estaban retirando ya, como si comprendieran que ya no tenían la menor posibilidad de atrapar a los expedicionarios terrestres, porque era imposible penetrar en la nave.

Curiosamente, los bichos se comportaban igual que los seres humanos después de una batalla, ya que no dejaban abandonados a los heridos ni los cuerpos de los compañeros que habían perecido en la lucha.

Se retiraban con ellos, arrastrándolos por la arena, y cuando alcanzaban las dunas, penetraban en ellas y desaparecían con los heridos y con los muertos.

Después, la arena se movía sola y cubría rápidamente los enormes agujeros causados por las orugas para poder introducirse en las dunas y quedar ocultas.

En sólo unos minutos, no quedó ni rastro de las larvas gigantes.

Ni de ellas... ni de nada.

Todo estaba igual que cuando la «Zetrom-V» se posara por primera vez entre aquellas dos dunas algo más bajas que las otras. Ni una sola huella en la rojiza arena, ni la menor señal de lucha, nada de nada.

El paisaje volvía a ser bello, tranquilo, silencioso...

Nadie diría que allí acababa de librarse una feroz lucha entre las orugas gigantes y los expedicionarios terrestres. Estos mismos, incluso, empezaban a dudar de que la lucha hubiera sido real y no una espantosa pesadilla.

—Esto hay que verlo para creerlo, muchachos... —murmuró Stig.

—Es realmente fantástico... —dijo Masick.

—Con razón no se puede encontrar el menor rastro de vida en este maldito planeta —rezongó Fabio—. Entre las orugas y la arena, se encargan de borrarlo.

—Actúan como seres inteligentes... —observó Lilia.

—Y lo son —dijo Andrianov—. Inteligentes y sumamente

peligrosos, nosotros podemos dar fe de ello.

—Y nosotras que queríamos revolcarnos desnudas por la arena, Tanja… —musitó Anelia.

—¡No me lo recuerdes! —exclamó la pelirroja estremeciéndose.

Stig Warren se mesó el oscuro cabello.

—Bien, ahora ya sabemos cómo murieron los miembros de las anteriores expediciones, devorados por las monstruosas orugas.

—No estaremos seguros hasta que encontremos sus naves —repuso Yuri Andrianov.

—¿Encontrarlas…?

—Eso he dicho, Stig.

—Pero, si quedaron sepultadas por la arena. ¿Cómo vamos a dar con ellas…?

—Utilizaremos el detector de metales.

—No es mala idea —reconoció Masick.

—Pero eso nos llevará mucho tiempo… —observó Fabio.

—Con localizar una, me conformo —dijo Andrianov—. Sabiendo lo que ocurrió con una de las naves, sabremos lo que les ocurrió a las otras.

—Supongamos que con la ayuda del detector de metales logramos localizar una de las naves desaparecidas, profesor —dijo Warren—. ¿Cómo vamos a desenterrarla…?

—Retirando la arena, naturalmente.

—¿Olvida que la arena de Androx reacciona en seguida y vuelve a cubrir rápidamente cualquier hueco que se produce en sus dunas…?

—No, no lo he olvidado. Sé que eso nos creará dificultades, pero encontraremos la manera de superarlas. Lo primero es localizar una de esas naves desaparecidas. Lo otro, vendrá después.

Stig Warren no insistió, aunque seguía pensando que tendrían serios problemas para desenterrar la nave, caso de que consiguieran dar con una de ellas, lo cual tampoco era tarea fácil, aun disponiendo de un detector de metales.

El profesor Andrianov ordenó preparar el detector. Cuando el aparato estuvo dispuesto, le dijo a Stig que hiciera despegar la nave y empezara a sobrevolar las dunas a muy baja altura, para aprovechar al máximo el alcance del detector.

Stig lo hizo así y la búsqueda de alguna de las naves desaparecidas en Androx dio comienzo.

CAPITULO VIII

El profesor Andrianov y Fabio Sivieri se encargaban de vigilar el detector de metales. Cuando la «Zetrom-V» sobrevolase una de las naves supuestamente sepultadas por la rojiza y brillante arena, caso de que tuviesen esa suerte, el detector empezaría a emitir un zumbido intermitente, que se tornaría más agudo y más rápido cuanto más próxima estuviera la nave enterrada.

El aparato les permitiría, por tanto, conocer el lugar exacto en donde la nave quedara sepultada por la arena. Después, habría que hallar el modo de desenterrarla, venciendo la resistencia de la tozuda arena de Androx.

Yuri Andrianov ya estaba pensando en ello, aunque sin hacer ningún comentario al respecto. Veía varias posibilidades, pero aún tenía que meditar cuál de ellas era la mejor.

La primera hora de búsqueda resultó infructuosa.

La segunda, también.

Pero había que seguir buscando.

No sólo horas enteras, sino días enteros, si era necesario.

Sin embargo, había que comer y había que dormir, por lo que el profesor Andrianov decidió que Stig Warren le cediera el manejo de la nave a Masick Nowak, cenara, y descansara unas horas, reemplazando luego al copiloto.

El científico decidió también que Lilia sustituyera a Fabio, para que éste, al igual que Stig, comiera algo y luego se echara unas horas, reemplazando después a su sobrina.

Asimismo, Andrianov le indicó a Anelia Eckert que hiciera lo mismo que Stig y Fabio. A Tanja Schmid, en cambio, le dijo que permaneciera de guardia, por si Masick, Lilia o él necesitaban alguna cosa. Cuando Anelia hubiera descansado, sustituiría a Tanja y ésta podría descansar también unas horas.

Lilia se alegró de que el descanso de Stig no coincidiera con el de Tanja, pues, después de lo sucedido en el corredor aquella misma mañana, no se fiaba un pelo de su novio.

Y de la pelirroja, ni medio pelo.

Pero, como no iban a descansar al mismo tiempo, no existía la posibilidad de que Stig acudiera al camarote de Tanja o ésta al de él. De ahí que aplaudiera mentalmente la distribución de turnos efectuada por su tío.

Stig, Anelia y Fabio cenaron juntos y luego se retiraron a sus respectivos camarotes. Tanja, siguiendo las instrucciones del profesor Andrianov, le llevó un par de emparedados a Masick, para que se los zampara mientras pilotaba la nave.

Luego, les llevó otros tantos al científico y a su sobrina, para que mataran también el gusanillo mientras vigilaban el detector de metales, que sólo detectaba arena y más arena por el momento.

Después, Tanja mató el suyo con otros dos emparedados.

Mientras cenaba, se lamentó que su turno de descanso no coincidiera con el de Stig, pues no hubiera dudado en personarse en su camarote y...

Bueno, no hubieran descansado ninguno de los dos.

Pero ya se las ingeniería ella para hacer el amor con Stig, ya.

Se lo había propuesto y no pararía hasta conseguirlo, aunque él se hiciera el remolón.

* * *

Stig Warren se había despojado ya del cinto, de las botas, y del traje, que era rojo, con franjas azules a lo largo de los brazos y en los costados.

Sin más prendas encima que el breve slip, se echó en la litera y se dispuso a conciliar rápidamente el sueño, para aprovechar bien las horas de descanso.

El piloto se alegraba tanto como Lilia de que su turno de descanso no hubiera coincidido con el de Tanja, pues recordaba las palabras de la pelirroja: «Tienes que ser mío, Stig.»

Y lo sería con mucho gusto, de no tener una novia tan celosa y tan agresiva como Lilia. Pero, como no quería que ella le zurrara, prefería

olvidarse de la proposición de Tanja.

Había cerrado ya lo ojos, cuando oyó que la puerta se abría.

Stig los abrió al instante y miró hacia la puerta, temiendo que fuera Tanja, a pesar de hallarse de guardia. Pero no, no era la pelirroja, sino Anelia.

La experta en electrónica se coló en el camarote y cerró la puerta, luciendo una corta bata brillante, que le permitía exhibir sus morenas piernas, magníficamente formadas.

El piloto irguió el torso y quedó sentado en la litera.

—Anelia... —murmuró, sorprendido.

Ella le sonrió.

—¿Te he despertado, Stig?

—No, aún no me había dormido.

—Me alegro.

—¿Qué es lo que quieres...?

—Darte las gracias.

—¿Las gracias...?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por haber evitado que la primera oruga gigante me devorara. Estaba a punto de alcanzarme, cuando tú le disparaste y le abrasaste la cara, lo que hizo que se detuviera y yo siguiera rodando por la arena, alejándome de ella.

Warren sonrió ligeramente.

—Bueno, no tuvo importancia, Anelia.

—¿Que no...? ¡Me salvaste la vida, Stig!

—Tú hubieras hecho lo mismo por mí, estoy seguro.

—Desde luego. Pero como lo hiciste tú, estoy obligada a darte las gracias. Y te las voy a dar con un beso.

—Anelia...

El piloto no pudo decir nada más, porque la morena le había pasado ya los brazos por el cuello y le estaba besando en los labios con vehemencia.

Anelia, además, se había sentado en la litera y su muslo derecho estaba pegado al costado de Stig, transmitiéndole su suavidad y su tibieza.

Stig, casi sin darse cuenta, se encontró devolviéndole el beso a la morena y acariciando sus tentadores muslos.

Cuando separaron sus bocas, que fue dos minutos y medio después, la experta en electrónica, que por lo visto era experta en varias cosas más, sonrió sensualmente y propuso:

—¿Quieres que hagamos el amor, Stig?

Warren carraspeó.

—Me encantaría, Anelia, pero…

—¿Qué?

—Bueno, tú sabes que Lilia y yo…

—Sois novios, ya lo sé. Pero eso no tiene nada que ver, Stig.

—¿No?

—Si yo te pidiera que rompieras con ella y me amases a mí, sería distinto, pero eso ni siquiera se me ha pasado por la imaginación. Lilia es una chica estupenda y yo la aprecio de veras. Jamás se me ocurriría arrebatarle el novio. Lo de esta noche, entre tú y yo, quedará olvidado en cuanto termine.

—¿Tú crees?

—Claro. Somos dos buenos amigos, dos compañeros de aventuras espaciales, y eso seguiremos siendo cuando hayamos hecho el amor.

—Vistas las cosas así…

Anelia Eckert retiró sus brazos del cuello masculino, se abrió la bata, y se despojó de ella, tirándola al suelo. Después, volvió a acercar el cuello del piloto.

—A ti también te apetece, ¿verdad, Stig?

—Mentiría si dijera que no —respondió Warren, con los ojos fijos

en los redondos senos de la morena.

Ella le empujó y lo obligó a tumbarse en la litera, quedando encima de él, completamente desnuda.

—Aprovechemos el tiempo, Stig.

—Sí, porque si viene Lilia...

—No vendrá, no te preocupes.

—¿Cómo lo sabes?

—Está con su tío, vigilando el detector de metales.

—Puede hacer una escapadita y...

—Tranquilo, eso no sucederá.

—Si por una de aquéllas sucediera, tendrás que regalarme un bastón de ciego.

—¿Un bastón de ciego...? —respingó la morena.

—Sí, porque Lilia ha prometido arrancarme los ojos si me sorprende con una mujer.

—¡Lo diría en broma!

—No, muy en serio, es muy celosa, ¿sabes? Y muy vengativa, también. El que se la hace, se la paga. Y en este caso, lo pagaríamos los dos.

Anelia respingó de nuevo.

—¿Yo también...?

—Contigo aún sería más cruel que conmigo.

—¿De veras?

—Mucho más cruel, sí.

—¿Qué me haría...?

—Amputarte esto —respondió Stig, tomando con sus manos los turgentes senos de la morena.

Anelia se estremeció de pies a cabeza, y no precisamente de placer.

—¿Amputarme los pechos...? —galleó.

—Sí, eso dijo Lilia que haría a la mujer que sorprendiese conmigo, así que tú me regalas el bastón de ciego y yo te regalo a ti unos pechos ortopédicos.

La morena saltó de la litera, recogió su bata, y se la puso precipitadamente.

—¿Qué haces...? —preguntó Warren, conteniendo la risa.

—Se me han ido las ganas de hacer el amor contigo, Stig.

—Pero...

—Lo siento, pero me siento orgullosa de mi busto y no quiero perderlo. Y tampoco quiero que tú pierdas tus ojos. Que descanses, Stig —deseó Anelia y salió rápidamente del camarote.

En cuanto la puerta se cerró, Warren dio rienda suelta a la risa y exclamó:

—¡Ya sé cómo librarme de Tanja, si vuelve a la carga!

CAPITULO IX

El turno de descanso terminó para Stig Warren, Anelia Eckert y Fabio Sivieri. Reemplazaron a Masick Nowak, Tanja Schmid y Lilia Ignatova, respectivamente, y éstos se fueron a descansar.

Como Yuri Andrianov también necesitaba dormir unas horas, Fabio lo convenció para que se retirara a su camarote y lo dejara a él vigilando el detector de metales. Si era necesario, Anelia le ayudaría.

El científico accedió, pues verdaderamente precisaba unas horas de descanso. Vigilar el detector no era una tarea pesada, pero sí muy aburrida, especialmente cuando iban pasando las horas sin que el anhelado zumbido intermitente se dejara oír.

Y así había sucedido desde que el detector de metales comenzara a funcionar. Sólo había detectado arena. Y claro, eso no lo hacía zumbar, porque no era esa su misión.

Transcurrieron varias horas más sin que el detector dejara oír su característico zumbido. Por fin, al sobrevolar una de las dunas, no tan alta como las que se alzaban a su alrededor, el detector emitió el ansiado zumbido.

Muy agudo.

Y muy rápido.

¿Estarían encima de una de las naves sepultadas por la rojiza arena de Androx...?

Todo parecía indicar que sí, por lo que Fabio y Anelia, que estaban juntos en aquel momento, dieron sendos saltos de alegría.

—¡Está ahí abajo, Anelia! —exclamó el mecánico.

—¡Qué suerte! —respondió la morena.

—¡Dile a Stig que continúe sobre esta duna!

—¡Bien!

—¡Y avisa luego al profesor!

—¡Por supuesto!

Anelia corrió hacia la cabina de mandos, alcanzándola en unos

segundos.

—¡Hemos localizado una de las naves desaparecidas, Stig! —informó.

—¿De veras...? —se alegró Warren.

—¡El detector se puso a zumbar con fuerza cuando pasábamos por la última duna, la de más baja altura!

—¡Magnífico!

—¡Vuelve atrás y mantén la nave sobre ella, Stig! ¡Yo voy a avisar al profesor!

—¡De acuerdo!

Anelia salió de la cabina y Stig hizo girar la nave, llevándola de nuevo hacia la duna que acababan de sobrevolar.

Cuando la «Zetrom-V» dejó atrás la colina de arena rojiza, el detector de metales dejó de emitir su intermitente zumbido, pero, al volver la nave hacia ella, el aparato zumbó de nuevo, con gran alegría por parte de Fabio.

El detector de metales había sido instalado en la puerta de la nave, que naturalmente permanecía abierta. El brazo articulado del detector colgaba en el vacío, a escasos metros de la cima de la duna, sobre la que la «Zetrom-V» se hallaba detenida ahora, suspendida en el aire.

El zumbido del detector no podía ser más agudo ni más rápido, lo que indicaba claramente que la nave, o lo que fuera, permanecía sepultada en el mismo centro de la duna.

Anelia no tardó en regresar, acompañada no sólo del profesor Andrianov, sino también de Lilia, Masick y Tanja, porque la morena los había despertado a todos.

—¡Lo conseguimos, profesor! —exclamó Fabio, en cuanto vio al científico.

—¡Estaba seguro de que daríamos con alguna de las naves desaparecidas! —respondió Andrianov, visiblemente contento.

—No quisiera enfriar su euforia, profesor, pero quizá no sea una nave lo que detecta el aparato... —dijo Nowak.

—¿Qué otra cosa podría ser, Masick?

—No sé.

—Es una de las naves desaparecidas en Androx, estoy convencido. Y mis palabras se verán confirmadas en cuanto retiremos la arena y la nave quede visible.

—¿Cómo la vamos a retirar, profesor? —preguntó Tanja.

—Con las toberas de los motores de la nave. La expulsión de los gases se produce a tanta presión, que en sólo unos minutos desplazará toda la arena de esta duna. Lo único que hay que hacer, es colocar la «Zetrom-V» en la posición y la altura adecuadas.

—Ha tenido una gran idea, profesor —sonrió Fabio.

—Ve y dile a Stig que aproxime las toberas a la cima de la duna, Masick — indicó el científico.

—En seguida.

El copiloto trotó hacia la cabina de mandos.

Una vez en ella, transmitió a Stig Warren las instrucciones del profesor Andrianov.

—La idea no es mala, ¿verdad? —comentó.

—No, no lo es —reconoció Stig—. Pero veremos cómo reacciona la arena de Androx. Si vuelve a su sitio con la misma rapidez que las toberas de la nave la expulsan, no adelantaremos nada.

—No creo que pueda volver tan de prisa —repuso Masick.

—Pronto lo sabremos.

Stig colocó la nave de manera que las toberas de los motores rozaban casi la cima de la duna. La expulsión de los gases, a una gran presión, arrojó la arena lejos.

Y en grandes cantidades.

La duna, lógicamente, empezó a perder altura.

—¡Está dando resultado! —exclamó Masick.

—Eso parece —respondió Stig—. Bajaré un poco más la nave, para mantener las toberas próximas a la parte más alta de la duna.

Lo hizo así y la expulsión de los gases de los reactores siguió arrastrando arena en cantidades importantes, por lo que la duna

continuó perdiendo altura.

De seguir así, pronto quedaría visible la nave sepultada.

La nave... o lo que fuera.

Efectivamente, tan sólo unos minutos después, asomaba lo que el detector de metales localizara un rato antes. Y lo que asomó, le dio la razón a Yuri Andrianov.

—¡Es una nave, profesor! —exclamó Fabio, con júbilo.

—¡Estaba seguro! —respondió el científico.

—¡Lo que no aparecen, son orugas gigantes! —observó Lilia.

—¡Ni ganas! —exclamó Anelia.

—¡Quizá no las haya en esta duna! —dijo Tanja.

Desde la cabina de mandos, Stig Warren y Masick Nowak habían visto asomar también la nave.

—¡El profesor tenía razón, Stig! —exclamó el copiloto—. ¡Es una nave!

—Trataré de desenterrarla totalmente —dijo Warren, e hizo descender un poco más la «Zetrom-V».

Las toberas siguieron retirando arena a gran velocidad y la nave sepultada fue quedando más visible poco a poco. Podía apreciarse ya que era de características similares a la «Zetrom-V». Si acaso, un poco mayor.

El profesor Andrianov se trasladó a la cabina de mandos y ordenó:

—Eleva la nave, Stig.

—¿Que la eleve...?

—Sí, quiero ver lo que pasa con la nave que estamos desenterrando —explicó el científico—. Si la arena empieza a cubrirla de nuevo, actuaremos de una manera, y si se queda quieta, de otra.

—Entendido, profesor.

La «Zetrom-V» se fue para arriba y, al quedar alejadas las toberas de la duna que medio sepultaba todavía la nave, dejaron de expulsar arena.

Casi al momento, se pudo apreciar que la arena desplazada regresaba y empezaba a cubrir nuevamente la parte de la nave que había quedado visible.

Y con bastante rapidez.

—¡Maldita sea! —barbotó Masick.

—La está cubriendo de nuevo, profesor —dijo Stig, nada sorprendido, pues ya esperaba que la arena reaccionara así.

—Ya lo veo —rezongó Andrianov, contrariado.

—¿Qué hacemos, profesor?

—Sólo veo una solución.

—¿Cuál?

—Arrancar la nave de ahí.

—¿Arrancarla…?

—¿Cómo, profesor? —preguntó Masick, tan perplejo como Stig.

—Engancharemos un cable metálico a su proa y la arrastraremos,

Stig y Masick cambiaron una mirada.

—Nosotros nos ocuparemos de eso —dijo Andrianov—. Tú, Stig, preocúpate de que la arena no cubra de nuevo la nave. Retira toda la que puedas.

—Bien, profesor —respondió el piloto, e hizo descender nuevamente la «Zetrom-V».

* * *

El cable metálico estaba dispuesto ya.

Mientras el profesor Andrianov y Fabio Sivieri lo preparaban, Stig Warren habían conseguido que las toberas de la «Zetrom-V» retiraran una gran cantidad de arena, dejando la otra nave en condiciones de ser enganchado por el cable metálico.

Fabio se encargó de ello, sin necesidad de descender de la «Zetrom-V». Lo hizo desde la puerta de la nave, lanzando el cable con

gran habilidad.

Una vez enganchado a la proa de la nave, el profesor Andrianov regresó a la cabina de mandos y ordenó a Stig que se alejara lentamente con la «Zetrom-V».

El piloto obedeció, el cable metálico se tensó, y…

Bueno, por un momento pareció que iba a partirse, pero afortunadamente resistió y tiró de la nave, sacándola de la duna. De lo que quedaba de la duna, más bien, que no era mucho.

—¡Lo conseguimos, muchachos! —exclamó Andrianov, exultante de alegría.

CAPITULO X

Stig Warren, siguiendo las indicaciones del profeso Andrianov, continuó alejándose lentamente con la «Zetrom-V» hasta dejar la nave desenterrada entre dos altas dunas.

Entonces, retrocedió un poco, para que el cable metálico perdiera su tensión y Fabio Sivieri pudiera desengancharlo. El mecánico, efectivamente, no tuvo problemas para soltar el cable de la proa de la nave rescatada.

La arena arrancada de la duna que había mantenido sepultada a la nave terrestre estaba volviendo ya a su sitio, recomponiendo de nuevo la duna.

—Ahora nos importa un pito que regreses, compañera —dijo Masick Nowak, refiriéndose a la arena móvil—. Como la nave ya está fuera...

—Exacto — sonrió Andrianov.

—¿Cuál es nuestro siguiente paso, profesor? —preguntó Stig.

—Posar la «Zetrom-V» junto a la nave rescatada

—¿Y luego...?

—Pasaremos a ella y la recorreremos de proa a popa

—Con el permiso de las orugas gigantes, ¿no? —dijo Masick.

—Por el momento, no hemos visto ninguna.

—Tampoco vimos ninguna la otra vez, hasta que surgió aquélla de la cima de la duna que ustedes habían escalado. Luego, sin embargo, salieron a pares.

—Tendremos que arriesgarnos, Masick. Si no entramos en la nave, no sabremos lo que les pasó a sus tripulantes.

—El profesor tiene razón —dijo Stig, que ya estaba posando la «Zetrom-V» junto a la nave desenterrada.

Cuando la nave tocó el suelo, el piloto paró los motores y la nube de arena que se había formado se diluyó, permitiendo nuevamente la visibilidad.

—Vamos, muchachos —dijo Andrianov.

Stig y Masick se levantaron y siguieron al científico, abandonando los tres la cabina de mandos. Fabio, Lilia, Anelia y Tanja habían empuñado ya sus armas, porque la puerta de la «Zetrom-V» seguía abierta y podía surgir alguna oruga gigante.

Por el momento, sin embargo, todo estaba tranquilo y silencioso.

Andrianov, que tampoco se fiaba de la aparente tranquilidad, desenfundó su pistola de rayos láser y dijo:

—Stig y Fabio vendrán conmigo. Tú, Masick, te quedarás en la nave con las chicas.

—¿Otra vez me toca quedarme a mí...? —exclamó el copiloto.

—La razón de que debas quedarte tú, en vez de Fabio, la expuso claramente Stig la otra vez —recordó el científico—. A bordo debe haber alguien que, en caso de emergencia, pueda poner la nave en funcionamiento. Y tú eres copiloto, Masick. Fabio sólo es mecánico.

—¿Quieres que te enseñe mi carnet...? —bromeó Sivieri.

Nowak levantó inmediatamente el puño.

—¡No me busques las cosquillas, Fabio!

El mecánico se apartó de un salto.

—¡Yo no tengo la culpa de que tú seas copiloto Masick! —replicó, riendo.

Andrianov, Warren y las chicas rieron también.

—Tómatelo con calma, Masick —dijo el científico—. La otra vez también te quedaste en la nave, pero no por eso estuviste al margen de lo que sucedió. Tú viste tanta acción como nosotros. Y puede que esta vez también la tengas, lo mismo que Lilia, Tanja y Anelia pues, aunque todo parece tranquilo, estoy seguro de que habrá de nuevo jaleo en cuanto Stig, Fabio y yo descendamos de la nave. Y si surgen orugas gigantes tendréis que ayudarnos desde aquí a exterminarlas, así que ya puedes ir tomando un arma.

El copiloto se apresuró a empuñar un fusil de rayos infrarrojos.

—Estoy listo para asar orugas, profesor —dijo, provocando nuevas risas.

—En marcha —indicó Andrianov—. Y si ocurre algo mientras Stig, Fabio y yo estamos en la nave rescatada, avisadnos en seguida

con un telecomunicador.

—Descuide, profesor —respondió Anelia.

La rampa metálica se hallaba ya desplegada, así que el profesor Andrianov, Warren y Sivieri descendieron de la nave y caminaron con precaución hacia la puerta de la otra.

La duna bajo cuya arena permaneciera sepultada la nave rescatada, estaba totalmente formada ya. Ofrecía el mismo aspecto que antes de que las toberas de la «Zetrom-V» empezaran a retirar la arena. Como si no hubiera ocurrido nada.

Andrianov, Warren y Sivieri vigilaban atentamente ésa y las otras dunas próximas, por si empezaban a aparecer orugas gigantes. Afortunadamente no fue así y alcanzaron la nave desenterrada sin novedad.

La puerta de la nave permanecía abierta y la rampa de descenso desplegada. Debido a ello, había una importante cantidad de arena metida en la nave, aunque no tanta para bloquear la entrada e impedir el acceso a la nave.

Los expedicionarios terrestres subieron por la rampa y penetraron en la nave, pisoteando la arena que había en ella. Pero, como era de esperar, las huellas empezaron a borrarse en seguida, porque aquélla era arena de Androx.

Y la arena de Androx, como ellos ya sabían, era una arena muy especial. Lo que los terrestres no sabían, es que era también muy peligrosa, porque aún no habían tenido oportunidad de comprobarlo.

Por desgracia para ellos, no tardarían mucho en saber lo que podía hacer la arena de aquel condenado planeta.

—Miremos primero en la cabina de mandos —dijo Andrianov, y caminó hacia allí.

Stig y Fabio le siguieron, ya que sólo la había en la entrada de la nave, no por toda ella. Cuando alcanzaron la cabina de mandos, se les encogió el estómago a los tres, ya que había un par de esqueletos humanos, aunque no enteros.

Estaban a trozos.

Un cráneo por aquí, un fémur por allá, una tibia y un peroné por otro lado…

Algo verdaderamente horroroso.

—Fueron atacados por las orugas gigantes, no hay duda —dijo Andrianov.

—Y devorados por ellas… —añadió Warren.

—Me sorprende que se dejaran sorprender en la propia nave —dijo Fabio—. ¿Y a ti, Stig?

—Es extraño, sí.

—Con la puerta de la nave abierta y la rampa de descenso bajada, no es tan raro que una o más orugas penetraran en ella y atacaran a sus tripulantes —observó Andrianov.

—¿Y la vigilancia? —repuso Warren—. ¿Es que no había nadie vigilando, profesor…?

—Puede que no le diera tiempo a avisar, Stig. Esos bichos se mueven con mucha rapidez, ya lo viste.

—Aun así… —rezongó Sivieri.

—Bien, sigamos recorriendo la nave —dijo Andrianov—. Es posible que encontremos más restos humanos.

Se disponían ya a dejar la cabina de mandos, cuando el profesor Andrianov, que iba delante, descubrió una gigantesca larva caminando con rapidez hacia la puerta de la cabina.

El científico dio un fuerte respingo y gritó:

—¡Cuidado, muchachos! ¡Una oruga…!

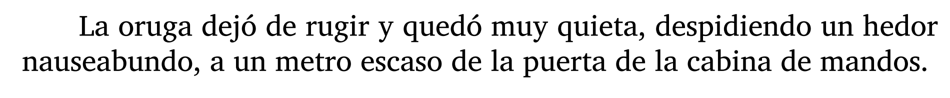
Stig y Fabio descubrieron también al gusanote, que justo en aquel momento soltaba un espeluznante rugido.

—¡Hay que impedir que entre en la cabina! —gritó el piloto—. ¡Disparemos contra ella!

Hicieron funcionar sus armas los tres.

Y repetidamente, pues era la única manera de acabar con la oruga antes de que irrumpiera en la cabina y les diera un serio disgusto.

Los rayos láser e infrarrojos frenaron el avance de la monstruosa larva, que bramó de dolor, medio destrozada. Los siguientes disparos le acabaron de destrozar y le causaron la muerte.



La oruga dejó de rugir y quedó muy quieta, despidiendo un hedor nauseabundo, a un metro escaso de la puerta de la cabina de mandos.

—¡Uf!, menos mal —resopló Stig—. Si se llega a colar en la cabina…

—¿Por qué no nos avisó Masick? —rezongó Fabio—. El y las chicas tuvieron forzosamente que ver cómo la oruga gigante subía a la nave dispuesta a devorarnos.

—Creo saber por qué no nos avisaron —dijo Andrianov.

—¿Por qué, profesor? — preguntó Stig.

—La oruga estaba ya en la nave cuando nosotros subimos a bordo.

—¿En la nave…? —respingó Fabio.

—Al estar la puerta abierta, las orugas podían entrar y salir, aunque la nave estuviese sepultada por la arena de la duna. Para las larvas, eso no era obstáculo.

—Entonces, puede que hayan más… —murmuró Stig.

—Sí, es probable. De todos modos, voy a llamar a Masick. Quiero que me confirme que ellos no vieron penetrar ninguna oruga en esta nave.

El científico tomó su telecomunicador portátil e hizo la llamada.

A los dos o tres segundos, en la diminuta pantalla aparecía el rostro preocupado de Masick Nowak.

—¿Ocurre algo, profesor…?

—Nada, tranquilízate. Sólo quería saber si hay alguna novedad.

—Ninguna, por el momento.

—¿No habéis visto orugas gigantes?

—Todavía no he podido asar a ninguna, profesor.

Andrianov sonrió.

—No desesperes, Masick. Tendrás oportunidad de asar a más de una, ya lo verás.

—Bueno, tampoco es que tenga un interés excesivo, ¿eh? —

confesó el copiloto—. Si no aparecen, mejor. Lo que yo quiero es que regresen ustedes pronto, sanos y salvos, profesor.

—No tardaremos, Masick —prometió el científico, y cortó la comunicación. Mientras devolvía el pequeño ingenio electrónico a su cinto, dijo—: Yo tenía razón, muchachos. La oruga estaba ya en la nave cuando nosotros subimos. Tendremos que movernos con mucha precaución, por si hay más.

CAPITULO XI

—Yo iré delante, profesor —dijo Stig Warren.

—De acuerdo —respondió Yuri Andrianov, agradeciendo con una leve sonrisa el gesto del piloto, pues estaba claro que deseaba ir el primero para protegerle.

Warren salió de la cabina de mandos, seguido del científico y de Fabio Sivieri. Tuvieron que saltar los tres por encima del destrozado cadáver de la oruga.

—¡Qué peste! —exclamó Sivieri, apretándose la nariz con su mano izquierda.

—Huele a demonios, sí —rezongó Warren.

—Y tú querías cenar sopa de oruga... —recordó Andrianov sonriendo.

—¡Lo dije en broma, profesor!

—Ya lo sé.

Siguieron avanzando los tres, despacio, con las armas prestas.

Cuando estaban a punto de alcanzar los camarotes, otra larva gigante surgió en el corredor, dando un rugido espantoso. Y, sin dudarlo ni un segundo, el bicho atacó a los terrestres.

—¡Atrás! —gritó Stig, al tiempo que accionaba el disparador de su pistola.

El rayo láser alcanzó en la cabeza al gusano, haciéndole dar un brinco digno de un chimpancé. Tras el salto, sin embargo, y pese al mucho daño que le había hecho el disparo de Stig, la oruga se lanzó sobre los expedicionarios terrestres, decidida a devorarlos a los tres.

Mientras retrocedían, Andrianov y Sivieri dispararon también sobre la larva. Y Warren no se conformó con un solo disparo, efectuó dos o tres más.

Como el científico y el mecánico le imitaron, la oruga gigante cayó abatida antes de que pudiera alcanzar a los terrestres.

Tras este nuevo susto, Fabio Sivieri dijo:

—Creo que nos hemos metido en la boca del lobo, profesor.

—Fabio tiene razón —opinó Warren—. Esto es como una trampa. No sabemos cuántas orugas hay ni dónde se ocultan. Aparecen de pronto, casi sin darnos tiempo a defendernos.

—Estoy de acuerdo con vosotros, muchachos —respondió Andrianov—. Vamos a largarnos de aquí. Y en seguida.

Retrocedieron los tres hacia la salida de la nave.

Estaban a punto de alcanzarla, cuando surgió una tercera larva, rugiendo con furia y moviendo sus numerosas patas con increíble rapidez.

Los terrestres accionaron de nuevo sus armas.

— ¡Salgamos de la nave! —gritó Stig, mientras disparaba.

El profesor Andrianov fue el primero en descender por la rampa, seguido de Sivieri y Warren, acosados los tres por la oruga, que, aunque herida de muerte, no renunciaba a sus presas.

Al verlos salir precipitadamente de la nave rescatada, disparando sus armas, Masick, Lilia, Tanja y Anelia adivinaron que Yuri, Stig y Fabio estaban en peligro.

Casi en seguida, vieron aparecer una oruga gigante en la puerta de la nave, soltando rugidos de furia y de dolor. Lógicamente, ellos no se explicaban cómo podía haber una de aquellas monstruosas larvas en el interior de la nave.

El bicho recibió varios disparos más y rodó por la rampa de descenso, prácticamente cadáver, por lo que Masick y las chicas no tuvieron necesidad de acudir en ayuda de sus tres compañeros.

Y fue entonces, cuando parecía que el profesor Andrianov, Warren y Fabio se hallaban ya fuera de peligro, cuando sobrevino un peligro infinitamente mayor que el que suponían las orugas gigantes.

* * *

Eran las dunas de Androx.

Habían decidido demostrar su poder, poniéndose en movimiento.

¡En movimiento, sí...!

¡Las dunas de Androx podían desplazarse...!

¡Tenían vida propia...!

—¡Eran dunas vivientes...!

El espectáculo resultaba tan increíble como estremecedor, porque daba verdaderos escalofríos el ver avanzar lentamente aquellas gigantescas moles de arena rojiza, silenciosas como fantasmas.

Así, en movimiento, ya no tenían nada de hermosas.

Eran sencillamente aterradoras.

Bastaba pensar que una fuerza desconocida y poderosa las movía desplazando a la vez toneladas y toneladas de arena, para sentir culebrear el pánico en los huesos.

Los expedicionarios terrestres se habían dado cuenta, casi todos al mismo tiempo, de lo que sucedía. Y, como es lógico, lo primero que pensaron fue que estaban viendo visiones.

No podían admitir que aquello fuera cierto.

Que fuera real.

Que estuviera ocurriendo de verdad.

El profesor Andrianov fue el primero en restregarse los ojos, creyendo que era un falso efecto óptico o una alucinación. Los demás se los restregaron también, pensando lo mismo.

Pero no sirvió de nada, claro, porque no era un falso efecto óptico ni era una alucinación. Las dunas de Androx se estaban moviendo de verdad.

Y todas en una misma dirección.

El punto de convergencia, eran las dos naves terrestres. La «Zetrom-V» y la que había sido rescatada.

¡Pretendían sepultarlas a las dos!

¡Enterrarlas bajo toneladas de arena!

¡Igual que habían hecho con todas las naves que se habían atrevido a posarse en la superficie de Androx!

* * *

El peligro era tan evidente y tan serio, que los expedicionarios terrestres no tuvieron más remedio que reaccionar.

—¡Las dunas tienen vida, profesor! —gritó Stig Warren.

—¡Vienen hacia nosotros! ¡Nos están rodeando...! —chilló Fabio Sivieri.

—¡Quieren sepultarnos! —adivinó Yuri Andrianov—. ¡A nosotros y a las naves!

—¡Tenemos que salir de aquí, profesor! ¡Corramos hacia nuestra nave! — indicó Stig.

Se lanzaron los tres hacia la «Xetrom-V».

Pero no les iba a resultar tan fácil alcanzarla y subir a ella, porque habían empezado a surgir ya orugas gigantes de las tripas de las dunas vivientes.

¡Y en cantidad!

Las monstruosas larvas, que parecían ser el ejército de las dunas de Androx, se lanzaron rabiosamente contra los tres expedicionarios terrestres que pretendían alcanzar la «Zetrom-V», dispuestas a impedírselo.

Warren, Andrianov y Sivieri se vieron obligados a disparar contra los bichos, aunque había tantos que no sabían a quiénes apuntar.

Masick Nowak, tan impresionado como las chicas de la movilidad de las dunas y por la repentina aparición de aquella legión de orugas gigantes, hizo funcionar su fusil de rayos infrarrojos.

—¡Disparad, preciosas! ¡Tenemos que ayudarles a alcanzar la nave!

Lilia, Tanja y Anelia accionaron sus respectivas pistolas de rayos láser, Disparaban con mano temblorosa, pero como las larvas eran tan enormes, resultaba más difícil errar que acertar.

Una de las dunas móviles había alcanzado la nave rescatada por los expedicionarios terrestres y estaba descargando ya su arena sobre

ella, amenazando sepultarla en no más de diez o quince segundos.

Los terrestres lo vieron y se les oprimió el corazón, porque lo mismo podía ocurrir con la «Zetrom-V». De hecho, otra de las dunas vivientes estaba a punto de alcanzarla y enviar un auténtico alud de arena sobre ella.

Y si eso sucedía...

Nadie quería pensarlo, pero todos lo pensaron.

Quedarían enterrador vivos.

Y, por si no fuera suficientemente horroroso, se verían atacados y devorados por las orugas gigantes, y que ellas se movían por entre la arena como los peces en el agua.

¿Se podía imaginar un final más horrible y aterrador...?

El profesor Andrianov, Stig Warren y Fabio Sivieri estaban ya a sólo unos metros de la rampa que permitía el acceso a la «Zetrom-V», pero se hallaban literalmente cercados por las gigantescas larvas.

Masick, Lilia, Tanja y Anelia disparaban frenéticamente contra los bichos, tratando de impedir que cayeran sobre Stig, Yuri y Fabio, que también disparaban como locos.

De pronto, la arena empezó a caer sobre la «Zetrom-V».

Parecía el final.

Y lo sería irremisible si Stig, Yuri y Fabio no se introducían velozmente en la nave, cerraban la puerta, el piloto ponía los motores en funcionamiento, y la «Zetrom-V» se elevaba a toda prisa.

Demasiadas cosas.

No parecía haber tiempo para todas ellas.

Pero había que intentarlo.

Fue lo que se dijo Stig, quien gritó:

—¡Tenemos que entrar en la nave como sea! ¡La arena está empezando a sepultarla!

—¡De prisa, por Dios! —pidió Lilia, al tiempo que disparaba contra una larva gigante que estaba a punto de caer sobre su tío.

Stig, Yuri y Fabio se abrieron paso a golpe de gatillo y alcanzaron

la rampa metálica. Estaban subiendo ya por ella, cuando una oruga saltó sobre Fabio y le atrapó la pierna izquierda con sus terroríficos colmillos.

El alarido de dolor que lanzó el mecánico, fue realmente ensordecedor.

CAPITULO XII

La larva gigante tiró de su presa, dispuesta a arrancarla de la rampa metálica. Y lo hubiera conseguido, de no ser porque Stig Warren agarró el brazo del mecánico y lo retuvo, mientras gritaba:

—¡Disparad sobre ese bicho, por Dios!

Fabio Sivieri, aunque estaba a punto de desvanecerse de dolor, pidió:

—¡Déjame, Stig! ¡Sálvate tú!

—¡No!

—¡Moriréis todos por mi culpa!

El profesor Andrianov había conseguido entrar en la nave. Y desde allí, desde la puerta, disparó contra la oruga que pretendía devorar al mecánico.

Lilia disparó también contra el mismo bicho, mientras que Masick, Tanja y Anelia lo hacían contra las restantes orugas, muy próximas todas ellas a Stig y Fabio.

El gusano gigante que había enganchado la pierna de Fabio con sus poderosos colmillos no tuvo más remedio que soltar su presa, al ser alcanzada por los disparos del profesor Andrianov y de su sobrina.

Masick, despreciando el riesgo, saltó a la rampa y agarró del otro brazo a Fabio.

—¡Te ayudaré a meterlo en la nave, Stig!

—¡Rápido, Masick!

Protegidos por los disparos de Andrianov y las chicas, que mantuvieron a raya a las gigantescas orugas, Stig y Masick consiguieron introducir en la nave a Fabio.

El mecánico se había desvanecido ya.

Las heridas de su pierna, centradas en el muslo, eran muy profundas y la hemorragia era importante. Si no se le atendía rápidamente, podía incluso morir.

Tan pronto como Stig y Masick estuvieron dentro de la nave, con

Fabio, Lilia se encargó de cerrar la puerta y replegar la rampa de descenso, para que ninguna oruga pudiera penetrar en la «Zetrom-V».

A pesar de la rapidez con que la joven actuó, una larva metió su monstruosa cabeza por el hueco que todavía quedaba, pues la puerta aún no se había cerrado totalmente.

—¡Cuidado con ésa! ¡Se nos cuela…! —chilló Andrianov, que estaba disparando ya sobre la cabezota del gusano.

Tanja y Anelia dispararon también y la oruga se retiró, con la cabeza materialmente destrozada. La puerta acabó de cerrarse y los expedicionarios terrestres quedaron a salvo de las feroces larvas, aunque les acechaba todavía el otro peligro, el mayor de los dos, puesto que la «Zetrom-V» estaba ya casi totalmente cubierta de arena.

Era un verdadero alud lo que caía sobre ella.

Y antes de que Stig pudiera poner los motores en marcha, la nave estaría totalmente sepultada.

* * *

Stig Warren, consciente de que podían quedar enterrados con vida, se lanzó como una flecha hacia la cabina de mandos, gritando:

—¡Que Tanja se ocupe de Fabio! ¡Tiene el muslo prácticamente destrozado!

—¡Hay que llevarlo a su camarote! —dijo la pelirroja, que tampoco ignoraba la gravedad de las heridas del mecánico.

— ¡Ayúdame, Masick! —pidió Yuri Andrianov, agarrando a Fabio Sivieri de debajo de los brazos.

—Pero, la nave… —vaciló Nowak.

—¡Stig se ocupará de eso! —dijo el científico.

El copiloto agarró a Fabio por las piernas.

—¡De prisa, por favor! —apremió Tanja Schmid—. ¡Está perdiendo mucha sangre!

Andrianov y Nowak llevaron rápidamente al herido a su camarote.

—¡Tendrás que ayudarme, Anelia! —dijo Tanja.

—¡De acuerdo! —respondió la morena, y corrió también hacia el camarote de Fabio.

Lilia Ignatova corrió también, pero hacia la cabina de mandos, para ver si Stig Warren era capaz de sacar la nave de allí o habían quedado sepultados por la arena.

Cuando alcanzó la cabina, Stig se hallaba ya sentado en su sillón y luchaba por sacar a la «Zetrom-V» de debajo de la arena, pero era muy difícil, por no decir imposible.

Habían caído toneladas de arena sobre la nave.

Y seguían cayendo más.

Se formaría una nueva duna en aquel paraje.

Una nueva duna que, de no ocurrir un milagro, serviría de tumba a la «Zetrom-V» y a todos sus tripulantes, pues bajo su arena encontrarían la muerte.

Así habían desaparecido las anteriores naves de Androx, sepultadas por la arena de sus dunas vivientes. Y sus tripulantes, devorados por las orugas gigantes que vivían bajo la rojiza y brillante arena, prestas a salir cuando había que zamparse a alguien en la superficie.

Los tripulantes de la «Zetrom-V» no habían perecido devorados por las monstruosas larvas, aunque Fabio Siviero había estado a punto de correr esa suerte, pero tendrían una muerte aún más horrible, porque sería lenta y angustiosa.

De ahí que Stig Warren luchara denodadamente por sacar la nave de aquella gigantesca tumba de arena, aunque, desgraciadamente, sin ningún resultado.

Las toberas de los reactores, taponadas por la arena, no podían expulsar los gases y la nave apenas tenía fuerza para propulsarse. Era, además, un peso excesivo el que la «Zetrom-V» tenía encima, por lo que la nave sólo conseguía agitarse bajo la arena.

Lilia Ignatova contemplaba los esfuerzos de su novio por vencer la resistencia de las toneladas de arena que cubrían la nave, pero no decía nada.

La joven se daba cuenta de que la lucha de Stig resultaba inútil.

Había demasiada arena encima de ellos.

Jamás lograrían salir de allí.

La angustia y el terror se apoderaron de Lilia, cuyos ojos se llenaron súbitamente de lágrimas.

—¡Estamos enterrados! ¡Enterrados con vida...! —chilló y se cubrió el rostro con las manos, mientras se dejaba caer al suelo, porque se había quedado sin fuerzas para mantenerse en pie.

* * *

Al oírla gritar, Stig Warren se volvió.

—¡Lilia!

La joven no respondió. Sollozaba en el suelo, sin retirar las manos de su cara.

Stig dejó de luchar inútilmente por escapar de la tumba de arena, se levantó del sillón, y se arrodilló junto a su novia. La cogió por los hombros, le obligó a quedar sentada en el suelo, y entonces la abrazó con calor.

—Lilia, cariño...

Ella le abrazó a su vez, apretadamente.

—¡Estamos perdidos, Stig!

—No desesperes, te lo ruego.

—¡Vamos a morir, y tú lo sabes! ¡Todos vamos a morir! ¡Hemos quedado sepultados bajo toneladas de arena!

—Encontraremos la forma de salir de aquí, ya lo verás.

—¡No hay manera, Stig! ¡Estamos condenados!

—Por favor, Lilia. Tú siempre has sido una chica valiente. No te dejes dominar ahora por la desesperación.

La joven hizo un esfuerzo por contener sus sollozos y recobrar la serenidad perdida. Después, levantó su cabeza del hombro de su novio y lo miró.

—Bésame, Stig. Lo necesito.

Warren la besó y la estrechó con pasión.

Después, la miró a los ojos, que seguían húmedos, aunque ya no derramaban lágrimas.

—¿Te sientes mejor, nena?

—Sí, mucho mejor.

Warren le acarició el cabello.

—Quiero que te metas una cosa en la cabeza, Lilia. Vamos a salir de aquí.

—¿De verdad crees que tenemos alguna posibilidad?

—Estoy convencido de ello.

La joven forzó una sonrisa.

—Creo que lo dices para levantarme el ánimo, pero te lo agradezco de todas formas.

Warren movió la cabeza.

—Estás equivocada, Lilia. Si digo que vamos a escapar de esta tumba de arena, es porque creo sinceramente que tenemos posibilidades de lograrlo. No será fácil, eso también lo sé, pero encontraremos la manera de desenterrar la «Zetrom-V», no lo dudes.

Lilia se mordió los labios.

—Las otras naves no pudieron escapar, Stig —recordó.

—Su situación no era la misma —repuso el piloto—. Sus tripulantes fueron atacados por las orugas gigantes, lo mismo que nosotros, pero ellos no pudieron vencerlas. Cuando las dunas vivientes de Androx descargaron su arena sobre sus naves, los tripulantes ya estaban muertos.

—¿Estás seguro?

—En la nave rescatada encontramos restos de dos seres humanos. En la cabina de mandos, concretamente. Sólo quedaban sus huesos, lo cual demuestra que fueron atacados y devorados por las larvas gigantes. Si lo fueron antes o después de que la arena sepultara su nave, no lo sé; pero el hecho de que la puerta estuviera abierta y la rampa de descenso bajada, me hace sospechar que las orugas les atacaron antes de que las dunas móviles hicieran de las suyas.

Lilia se estremeció.

—Dunas vivientes… ¿Te das cuenta de lo horroroso que es eso, Stig?

—Sí, lo más terrible que yo había visto jamás —confesó el piloto sintiendo también un ramalazo de frío en la espalda.

CAPITULO XIII

En el camarote que compartían Masick Nowak y Fabio Sivieri. Tanja Schmid estaba demostrando que sería una excelente doctora cuando consiguiera su título de médico y ejerciese como tal.

El muslo del mecánico estaba muy mal, ya que tenía los músculos desgarrados y la arteria femoral afectada. De ahí que la hemorragia hubiera sido tan abundante y peligrosa.

Había que actuar rápido y con eficacia, para salvarle la vida a Fabio. Y así lo estaba haciendo Tanja, con la ayuda de Anelia Eckert, que le proporcionaba todo lo necesario para llevar a cabo la delicada intervención quirúrgica.

El profesor Andrianov y Masick Nowak también estaban colaborando, pues ellos se habían encargado de quitarle al herido las botas, el cinto, y el traje, dejándolo en slip.

Después, siguiendo las indicaciones de Tanja, habían llevado al camarote todo lo necesario para practicarle una transfusión de sangre al mecánico.

Como Tanja adivinaba que el profesor Andrianov y Masick estaban deseando acudir a la cabina de mandos, para saber en qué situación se encontraba la «Zetrom-V», dijo:

—Ustedes dos ya no son necesarios aquí, profesor.

—¿Seguro? —preguntó el científico.

—Me basta con la ayuda de Anelia. Lo peor ha pasado ya.

—¿Se salvará Fabio, Tanja? —quiso saber Nowak.

—Puedes apostar a que sí.

—Eres estupenda.

—Ya lo creo que lo es —sonrió Andranov—. Vamos, Masick.

El científico y el copiloto salieron del camarote y corrieron hacia la cabina de mandos. Lo primero que hicieron, cuando llegaron, fue clavar los ojos en el mirador.

Y lo que vieron, les dejó helados.

—Dios santo... —musitó Andrianov.

—Arena... ¡Sólo arena! —exclamó Nowak, apretando los puños.

Stig y Lilia se irguieron lentamente.

—Así es, Masick —dijo el piloto—. Sólo arena. Cubre totalmente la nave. Hemos quedado sepultados. No llegué a tiempo de hacer despegar la «Zetrom-V». Lo intenté desesperadamente, pero...

—¡Enterrados! ¡Estamos enterrados, profesor! ¡Enterrados vivos...! —chilló Nowak.

Warren le puso la mano en el hombro y se lo apretó.

—No pierdas la calma, Masick. Encontraremos la manera de salir de esto.

El copiloto, muy nervioso, se precipitó sobre su sillón y trató de sacar la nave de debajo de la arena. Warren no hizo nada por impedirlo, pues prefería que Nowak se convenciera por sí mismo de que era inútil forzar los motores.

El profesor Andrianov, pálido, comprobó que todos los esfuerzos del copiloto resultaban estériles.

—Las toberas están obstruidas por la arena y los reactores no pueden propulsar la nave —explicó Stig—. Apenas tienen fuerza. Y hay toneladas de arena sobre nosotros.

—Entiendo —murmuró Andrianov.

—¿Cómo está Fabio, profesor?

—Tanja, que ha hecho un gran trabajo con su muslo destrozado, asegura que se salvará.

—Me alegro mucho.

—Yo también — dijo Lilia.

Masick Nowak, convencido de que sus desesperados intentos resultaban inútiles, desistió y saltó del sillón, exclamando:

—¿Y de qué le servirá a Fabio Salvarse...? ¡No podrá salir de la nave! ¡Ninguno de nosotros podrá salir! ¡Nos pudriremos aquí, en la «Zetrom-V»!

Stig Warren lo miró severamente.

—Si no te tranquilizas, tendré que sacudirte, Masick. Lilia es una mujer y mantiene su entereza. Por favor, no la pierdas tú.

Andrianov intervino:

—Stig tiene razón. No debemos perder los nervios, Masick. Si existe alguna posibilidad de salir de esto, la encontraremos. Pero tenemos que buscarla entre todos. Nunca como ahora debemos unir nuestros esfuerzos.

Nowak, más calmado, dio un par de cabezadas de asentimiento.

—De acuerdo, profesor. Lucharemos por salir de aquí. Me he puesto demasiado nervioso y lo siento, créame. Lo siento de veras. Yo no suelo perder los nervios fácilmente, pero nuestra situación es tan delicada que…

Lilia sonrió suavemente.

—A mí me ocurrió igual, Masick.

—¿De veras?

—Sí, a pesar de lo que Stig ha dicho sobre mi entereza. La perdí por completo, quiero que lo sepas. Pero él supo levantarme el ánimo y ahora estoy dispuesta a luchar por escapar de esta tumba de arena, como tú.

Nowak sonrió también.

—Me siento mucho mejor, de verdad.

—Lo celebro, Masick —dijo Warren.

—¿Por qué no me sacudiste, Stig? ¡Me lo merecía!

El piloto movió la cabeza.

—No, no te lo merecías. Te sobra valor y lo has demostrado numerosas veces. La última, cuando saliste de la nave para ayudarme a meter en ella a Fabio. Estábamos rodeados de orugas gigantes, pero no te importó.

—Es verdad —dijo Lilia.

Nowak agradeció las palabras de Warren con un gesto expresivo.

El profesor Andrianov suspiró y dijo:

—Bien, estudiaremos con calma la forma de desenterrar la

«Zetrom-V». Afortunadamente, el tiempo no nos apremia, ya que disponemos de víveres suficientes para subsistir semanas e incluso meses. Y como el aire se renueva constantemente en el interior de la nave, tampoco nos faltará.

* * *

Fabio Sivieri permaneció varias horas inconsciente. Cuando volvió en sí, la única que estaba con él, velando su descanso, era Tanja Schmid.

—Hola, Fabio —sonrió la pelirroja.

—Tanja...

—¿Cómo te sientes?

—Fenomenal, porque esperaba encontrarme en la barriga de la oruga gigante que me atrapó, hecho pedacitos. Y me encuentro en mi camarote, cómodamente tumbado en la litera...

—La oruga no quiso comerte.

—¿Por qué?

—En cuanto te probó, se dio cuenta de que podía morir envenenada.

El mecánico rió la broma de Tanja.

—Me salvó Stig, ¿verdad?

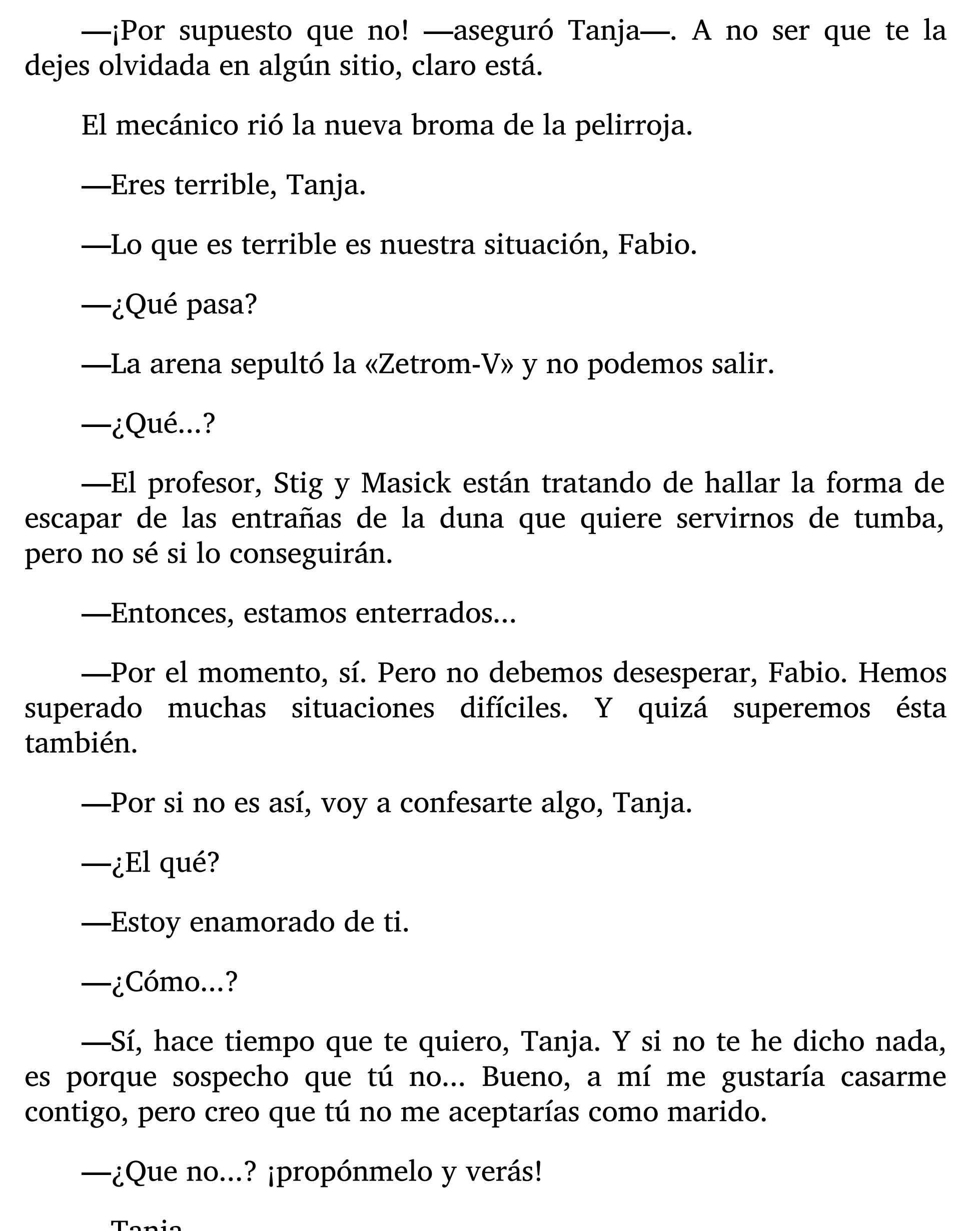
—Sí, le debes la vida él. Y también a Masick, que no dudó en salir de la nave para ayudar a Stig a meterte en ella. Y también me la debes a mí, porque las heridas de tu muslo eran muy serias y hubieras muerto de no ser por las hábiles manos de esta futura doctora —explicó la pelirroja.

Sivieri se asustó.

—¿Estoy fuera de peligro, Tanja?

—Por completo.

—¿No perderé la pierna?



—¡Por supuesto que no! —aseguró Tanja—. A no ser que te la dejes olvidada en algún sitio, claro está.

El mecánico rió la nueva broma de la pelirroja.

—Eres terrible, Tanja.

—Lo que es terrible es nuestra situación, Fabio.

—¿Qué pasa?

—La arena sepultó la «Zetrom-V» y no podemos salir.

—¿Qué...?

—El profesor, Stig y Masick están tratando de hallar la forma de escapar de las entrañas de la duna que quiere servirnos de tumba, pero no sé si lo conseguirán.

—Entonces, estamos enterrados...

—Por el momento, sí. Pero no debemos desesperar, Fabio. Hemos superado muchas situaciones difíciles. Y quizá superemos ésta también.

—Por si no es así, voy a confesarte algo, Tanja.

—¿El qué?

—Estoy enamorado de ti.

—¿Cómo...?

—Sí, hace tiempo que te quiero, Tanja. Y si no te he dicho nada, es porque sospecho que tú no... Bueno, a mí me gustaría casarme contigo, pero creo que tú no me aceptarías como marido.

—¿Que no...? ¡propónmelo y verás!

—Tanja...

La pelirroja lo besó en los labios y dijo:

—Si salimos de esto, seré tu esposa. Te lo juro, Fabio.

* * *

En la cabina de mandos, el profesor Andrianov, Stig Warren y Masick Nowak seguían estudiando la situación. Lilia Ignatova y Anelia Eckert estaban con ellos y aportaban también alguna idea, pero, hasta el momento, ninguno de los cinco había expuesto una posibilidad tangible de escapar de aquella tumba de arena.

De pronto, Warren dijo:

—Creo que estamos enfocando mal el problema, profesor. Hablamos de arena, de toneladas de arena; de un peso excesivo sobre la «Zetrom-V» y de toberas obstruidas.

—¿Y no es ése nuestro problema, Stig…? —repuso Nowak.

—Sinceramente, pienso que no.

—Explícate, Stig —rogó Andrianov.

—En mi opinión, profesor, nuestro problema son las dunas vivientes de Androx. Y digo vivientes porque todos pudimos ver cómo se movían, cómo nos cercaban, y cómo nos atacaban. No sé qué clase de vida es la suya, pero debemos afrontar la lucha contra la maldita arena rojiza de Androx, como si nos enfrentáramos a seres vivos. Y todo ser vivo acusa el dolor y puede ser destruido. ¿O no…?

—Continúa, Stig.

El piloto pasó la mano por la nuca.

—¿Recuerda, profesor, cómo nos libramos en cierta ocasión de una monstruosa serpiente de tres cabezas que se había enroscado a nuestra nave y no quería soltarla…?

—Naturalmente que lo recuerdo. Nos libramos de ella con varias descargas de electricidad. Las que puede soltar el casco de la «Zetrom-V».

—Exacto. Las descargas eléctricas le causaron tanto dolor a la gigantesca serpiente, que no tuvo más remedio que soltar su presa y largarse, escocida.

—¿Sugieres que hagamos lo mismo ahora, Stig…? —preguntó Lilia.

—Sí. Y sugiero, también, que al mismo tiempo utilicemos el cañón de rayo láser. Entre lo uno y lo otro, podemos hacerle mucho daño a la duna viviente que nos mantiene sepultados. Y si no puede resistirlo, se verá obligada a dejarnos libres.

—¡Intentémoslo, profesor! —exclamó Anelia, esperanzada.

—¡Yo me encargo del cañón! —dijo Masick.

—¡Y yo de efectuar las descargas eléctricas! —dijo Lilia.

—Y yo, profesor, de sacar la nave de aquí en cuanto la arena viviente se retire, escocida —sonrió Stig.

Andrianov, tan esperanzado como ellos, exclamó:

—¡Adelante, muchachos! ¡Démosle lo suyo a la duna viviente que nos enterró!

Sin perder un solo segundo, Stig y Masick ocuparon sus respectivos sillones. Lilia, por su parte, aferró la palanca que soltaba las descargas eléctricas.

A una indicación de Yuri Andrianov, Lilia accionó la palanca y el casco de la «Zetrom-V» soltó la primera descarga eléctrica. Al mismo tiempo, Masick accionó el cañón de rayos láser.

En seguida se vio que la duna viviente acusaba ambas cosas, ya que la arena permanecía pegada al mirador de la cabina de mandos se retiró algo más de un palmo.

—¡Da resultado, profesor! —exclamó Stig—. ¡La arena se retira escocida!

—¡Más descargas, Lilia! ¡Más disparos, Masick! —gritó Andrianov, jubiloso.

Su sobrina soltó dos nuevas descargas de electricidad y el copiloto efectuó tres disparos más, muy seguidos, abriendo un enorme boquete en la duna que los mantenía sepultados.

La arena viviente, por otra parte, se separó más de la nave, acusando las descargas eléctricas.

Stig puso los motores en marcha y los gases expulsaron la arena que taponaban las toberas, pudiendo funcionar ya los reactores con absoluta normalidad.

La «Zetrom-V» se abrió paso por el gran boquete causado por los disparos del cañón de rayos láser y escapó de la duna viviente, elevándose rápidamente hacia el cielo, entre el júbilo indescriptible del profesor Andrianov y los suyos.

EPILOGO

Fabio Sivieri y Tanja Schmid se alegraron también muchísimo cuando fueron informados de que la «Zetrom-V» había conseguido escapar de las entrañas de la duna viviente.

Al saber que la idea había partido de Stig Warren, la futura doctora Schmid no dudo en darle un gran beso en los labios, pese a que Lilia Ignatova se hallaba presente.

Lilia, lógicamente, se enfureció, pero antes de que pudiera decir nada, Tanja se encaró con ella y rogó:

—No te enfades, Lilia, que no tengo intención de robarte el novio, porque a mí me ha salido uno. Se trata de Fabio. Me ha confesado que me quiere y vamos a casarnos.

—¿En serio…? —se alegró Stig.

—Así es — confirmó Fabio, feliz.

A Lilia se le pasó el enfado en seguida y se apresuró a felicitarlos a los dos, cosa que también hizo Stig. Y el profesor Andrianov, que también se hallaba presente.

La nave, en aquellos momentos, la pilotaba Masick Nowak, quien gozaba de la compañía de Anelia Eckert. Cuando Yuri Andrianov se personó en la cabina de mandos, para comunicarles lo de Fabio y Tanja, la morena miró al copiloto con ojos cándidos y dijo:

—¿Cuándo te vas a decidir tú, Masick?

El copiloto carraspeó:

—¿Me aceptarías si yo…?

—¡Al instante!

Nowak sonrió, feliz, y dijo:

—Puede informar a los demás de que hay otra boda a la vista, profesor.

FIN